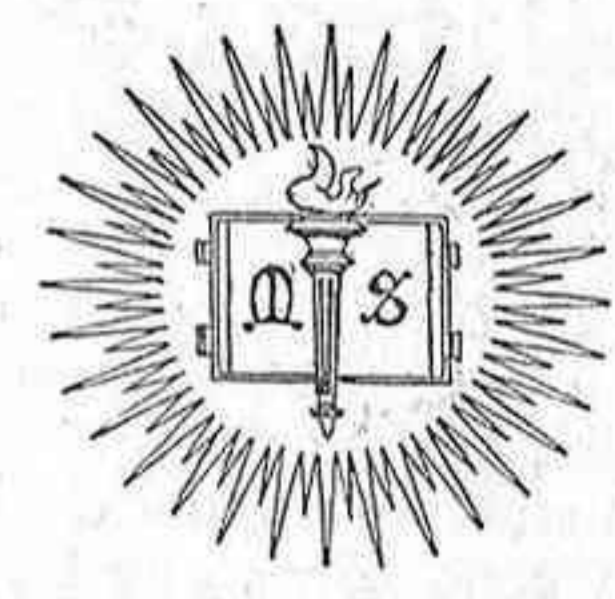


La Ilustración



Artística



AÑO XIX

BARCELONA 9 DE JULIO DE 1900

Núm. 967

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Ribera del Llobregat, cuadro de Segundo Matilla



Una paella en la huerta, cuadro de Luis Beut

ADVERTENCIA

Estamos procediendo á la encuadernación del tomo tercero correspondiente á la serie del presente año de la **Biblioteca Universal**, que próximamente repartiremos á los señores suscriptores á la misma. Dicho tomo será **CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**, recopilados por D. Melchor de Paláu, cuyo nombre es la mejor garantía del acierto con que han sido escogidos y clasificados, así los cantares que han nacido de la inspiración del pueblo como los que han brotado de las plumas de nuestros poetas más renombrados.

El tomo irá ilustrado con preciosas láminas del celebrado dibujante Sr. García Ramos.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Un poco de arte*, por Emilia Pardo Bazán. — *Una excursión á la costa oriental de Africa. De Suez á Suakim*, por Víctor Abargues de Sostén. — *El traje de luces*, por P. Sañudo Aufrán. — *¿Quedan ejemplares?*, por A. Sánchez Pérez. — *El trovador*, por Eduardo de Palacios. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestros grabados.* — Noticias de teatros. — *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *Las Arenas de Barcelona*, por X.

Grabados. — *Ribera del Llobregat*, cuadro de Segundo Martilla. — *Una paella en la huerta*, cuadro de Luis Beut. — *Don Víctor Abargues de Sostén.* — *Costa oriental de Africa. Jóvenes de la tribu de los bicharris.* — *Vista del poblado de Halaieb.* — *Restos del templo de Berenice.* — *Restos de antiguas tumbas en Suakim-el-Gadima.* — *La aldea de Mohammed-Gol.* — *Una cabaña de bicharris.* — *Una aldea bicharri.* — *La diosa de la selva*, estudio de fotografía de E. Day é hijos. — *Guerra anglo-boer. Marcha de los ingleses sobre Pretoria*, tres grabados. — *La viuda*, cuadro de Schryver. — *Cabeza de estudio*, obra de Juan Engel. — *Jorge Masson*, conocido editor francés. — *El conde de Murawieff*, ministro de Negocios Extranjeros del imperio ruso. — *Las Arenas de Barcelona*, lámina de siete grabados. — *Momento difícil*, cuadro de José Cusachs.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE ARTE

Con motivo de los premios otorgados en la Exposición á los envíos españoles, se habla mucho de arte estos días, y se discute el valor, significación y alcance de esas medallas de honor que reparte Francia entre las naciones.

En España, como no está muy difundida la cultura artística, y se juzga, en general, por lo que se oye antes que por un criterio independiente, las medallas tienen más resonancia que las obras. Debería ser lo contrario. Una obra tiene significación positiva y representa una personalidad. Pero la medalla es el juicio *hecho*, el juicio que no es necesario fundar en la reflexión y el conocimiento, que se acepta con la aquiescencia involuntaria que prestamos á la autoridad, venga de donde venga y por el solo hecho de serlo.

* *

Entre los premiados ahora en París se cuenta un individuo de una de esas familias de bendición como á veces aparecen en la historia del arte: un Benlliure. Sería curioso averiguar por qué fenómeno fisiológico brota en una estirpe la vena artística, ya en una misma generación, ya en varias sucesivamente. El hecho es constante, y de él dan testimonio, por no hablar sino de nuestros días, las familias de D. Vicente López, el insigne retratista; de D. José Madrazo, en tan larga dinastía perpetuada; de D. José Balaca, padre de dos pintores estimables; de los Bellver, escultores; de los Camurón, de los Ferrant, Jiménez Aranda, Masriera..., y tantos y tantos que podrían añadirse á la lista. Una advertencia conviene hacer, y es: que siempre se perjudican algo unos á otros los dinastas. Por lo pronto, á no mediar una superioridad extraordinaria y sin discusión reconocida (el caso de D. Vicente López), fácilmente se produce la confusión: la gloria se distribuye y atenúa, y se diría que toca á menos á cada cual, que el público la tasa más avaramente. Como la gran fecundidad, antaño tenida por cualidad gloriosa, ha venido á ser una especie de falta ó de abuso en el artista, éste no gana nada con que el vulgo mal enterado le atribuya las obras de sus hermanos, padres ó hijos, máxime si son flojas. Que sean los Benlliures dedicados al arte prueba que hay en esa raza una veta de oro; y al mismo tiempo, es causa de que cuanto hace un Benlliure resulta multiplicado por cuatro, para los profanos, que son la mayoría.

* *

¡Y qué diablo! Todos somos algo profanos en la materia. Yo conocía y admiraba trabajos de tres Ben-

lliures, José, Juan Antonio y Mariano; pero del otro artista de la familia, Blas Benlliure, tengo la primer noticia hoy. Y si esto me sucede á mí, que soy algo aficionada y vivo en Madrid y he estado en Roma en el estudio de Benlliure, ¿qué será á los diez y seis millones y novecientos noventa y nueve mil españoles restantes?

No se trata ahora de aquilatar el mérito absoluto de estos artistas, vivos, jóvenes aún, y para quienes tardará en venir la posteridad, con sus fallos decisivos, imparciales é irrevocables. Acabo de leer dos artículos: uno en *El Herald*, supongo que de Saint Aubin, donde se hace su apología; otro en *El Nacional*, del Sr. Pedre, donde pone al escultor como digan dueñas. Situémonos á igual distancia de todo apasionamiento, y confesemos que las esculturas de Mariano Benlliure son acaso las que con mayor unanimidad se aprecian hoy en España. No recuerdo si aquí mismo he manifestado la impresión que me produjo su *Sepulcro de Gayarre*. Fué gratisima. Ya sé que aquella es escultura *nerviosa*, no *muscular*. Pero ¿por qué hemos de desdeñarla?

Aquella creación delicada y feliz actuaba sobre los nervios y la fantasía. *No era escultura*, dicen los severos. No importa. Alguna vez nos cansaríamos de lo macizo, de lo clásico. El *neurosismo* del arte actual penetra, no sólo en la literatura, la música y la pintura, sino en el taller del escultor, del cual parece que debieran alejarlo las tradiciones. La escultura, cuando se deja dominar por los nervios, es arte de decadencia, pero gana en expresión lo que pierde en solidez. Por este camino ha ido mil veces la escultura; no es de hoy el afán de ensanchar sus horizontes venciendo el obstáculo de la materia, de la gravedad, que sufre la escultura más que ningún otro arte. Lucca y Andrea della Robbia, sin ir más lejos, eran nerviosos, expresivos, en medio de su exquisita elegancia de florentinos del *cuattrocento*. Expresivos han sido nuestros escultores en madera, sin exceptuar al mismo Alonso Cano, de tan clásico estilo. Acaso el mármol se opone á esta reivindicación de libertad; acaso la cera, el barro, la madera, dan más vado al capricho y á la novedad fantástica. El mármol y el bronce exigen la majestad y pureza de la línea en primer término. Figuraos un relieve de Susillo en barro y en mármol, y os daréis cuenta de esta diferencia. ¿Cuándo rehabilitar la escultura en madera? ¿Cuándo se vuelve á encarnar y estofar, como en los siglos xv, xvi y xvii? ¿Cuándo se reconocen los derechos de la policromía, no desdeñada por los mismos griegos?

* *

Volviendo á la familia de Benlliure, encuentro en ella una de las leyendas más frecuentes en las biografías de artistas y escritores: la de la precocidad. José Benlliure, el pintor, expuso cuadros á los doce ó trece años, y nada menos que cuadros históricos y de asunto tan serio como *El cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías*. A la misma edad, el *bambino* se trasladó á Madrid y se dedicó en el Museo á copiar á Velázquez. Esto ocurría el año 1872, reinando el caballeresco D. Amadeo de Saboya. Llegó á sus oídos el caso notable del rapazuelo artista, y el monarca facilitó recursos al muchacho y le encargó un retrato del príncipe de Asturias. A los diez y nueve años, Benlliure ganaba un premio en Exposición. — Pero tanta precocidad se queda chiquita al lado de la de su hermano Mariano, que á los nueve años modelaba en cera un grupo, y á los once la estatua ecuestre del rey Alfonso. No sé si el retratista, Juan Antonio, habrá sacado, á los cinco años de edad, el parecido.

Estos niños, aunque precoces, no han vivido poco: su existencia es hermosa, rica en producción. Tengo yo la fortuna de no ser en arte nada intransigente; me gusta lo fuerte y majestuoso, pero también lo fino, delicado y bonito. Cuando oigo decir que Mariano Benlliure y el malogrado Susillo no poseen más que gran habilidad y destreza, un *faire* sorprendente, y que les falta la amplitud y energía de un Rodin y la solidez y realismo de un Carpeaux, no discuto. Acaso lleven razón los que así juzgan, dentro de una técnica rigurosa y estrecha; pero cuando he visto aquel sepulcro de Gayarre, tan inmaterial, tan gracioso, tan aéreo, he experimentado un goce, que no por ser distinto del que me produce el grupo de la *Danza*, en la *Grande Opera*, deja de ser legítimo y verdadero.

¿En qué consisten las decadencias? ¿Cómo se miden? Ardua empresa sería marcar sus límites justos. Escultor de decadencia es el Bernino; y no conozco obra helénica que me atraiga y subyugue más que su *Santa Teresa en éxtasis*. No me asusta la palabra *decadencia*. Sé que con ella es fácil condenar las tres cuartas partes de la producción artística. Y cuenta

que si en algún ramo del arte se ha llegado á la perfección en una época dada, y cabría el exclusivismo para aproximarse á aquel ideal, es en la escultura. Mas ni la escultura ni ningún ramo del arte pueden permanecer fijos en un momento de su historia. A principios del siglo la pintura se afaná por parecerse á la estatuaría; hoy la estatuaría se afana en romper sus líneas asemejándose á la pintura.

* *

Hay momentos en que la Naturaleza atrae más que el Arte. Fiesta de la Naturaleza, del solsticio de verano, es la que se celebra en estos días de San Juan y San Pedro. En las poblaciones, verbenas, con sus farolillos, sus puestos de golosinas, de avellanas, torrados y almendras; sus buñolerías, sus horchatas y refrescos, su típica mezcla de gente *smart* y gente del bronce, de damas que por un instante gustan de mezclarse con el pueblo, y de airosas chulas con sus mantones de Manila ricamente bordados; y en el campo, hogueras ó, como en mi país se dice, *lumeiradas*, alrededor de las cuales bailan en círculo mozos y mozas, en las cuales la rama del pino exhala su resinoso efluvio y chisporrotea lanzando á lo lejos las partículas encendidas que, según la creencia popular, son espíritus que desde el fuego se lanzan al infinito espacio...

¿Por qué se festeja tanto, en todas partes, entre los Juanes al Bautista? No encuentro explicación satisfactoria. No es que no lo merezca; todos los santos merecen todo; pero vamos, que no son costal de paja el Evangelista, el Crisóstomo, el de Dios, el de Mata, el Clímaco, el Damasceno, el de Ribera, el de Sahagún, el de Regis, el Nepomuceno, el Silencioso, el Limosnero y el Taumaturgo. Acabo de leer un artículo de Sánchez Pérez, por cierto muy ingenioso, donde se entretiene en contar los San Juanes del Santoral, para venir á sacar en limpio que, de los sesenta y un Juanes y Juanas puestos por la Iglesia en los altares, no hay más que uno á quien se recuerda, festeja y solemniza; y es la noble víctima de Herodías, el severo censor de Herodes, el primo de Cristo, que saltó de gozo en el vientre de su madre Isabel cuando se acercó á abrazarla la Virgen encinta del Mesías.

La misma Iglesia, no contenta con celebrar su Natividad, dedica una fiesta á su Degollación; conmemora aquel episodio, que tanto ha inspirado al arte, de la danza premiada con una sangrienta cabeza en una fuente. Desde Botticelli hasta Puvis de Chavannes, el asunto ha tentado á los artistas. Pintores y escultores se han apoderado de la tragedia del castillo de Maqueronte, y algunos cuadros de la escuela española, atribuidos á Murillo, lo presentan en todo su horror: la cabeza lívida sobre la fuente, entre coagulada sangre, y al lado la espada que la segó de los hombros.

* *

Cierto es que la historia de San Juan Bautista debió de causar terror y enojo en sus contemporáneos. Era San Juan, si así puede decirse, una especie de tribuno, á cuyos acentos prestaba resonancia el estado de Judea, perdida su independencia, sometida al yugo extranjero y sumida en el envilecimiento y en la corrupción. Aunque la idea y definición de la patria sea moderna, el sentimiento es antiguo; y los judíos, al escuchar al Bautista, debieron experimentar el bochorno de su condición humillante. El Precursor era popular. Aunque clamaba en el desierto, á escucharle acudían millares de hombres. El aspecto de su cuerpo tostado y desecado por el sol y el ayuno — su alimento eran langostas y miel silvestre, — de sus pupilas de fuego, de su cabellera y barba incultas, esparcidas como una aureola alrededor de las expresivas facciones; la piel de camello que ceñía sus lomos, su única vestidura; la severidad y energía viril de sus acentos, todo era parte á conmover y persuadir á aquel pueblo habituado á los videntes y que reconocía en el hijo del sacerdote Zacarías al último profeta de Israel. Tal fe inspiraban sus predicaciones, que después de que Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, le hubo encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte, la multitud se precipitaba á oír su voz al través de la reja de la cárcel. Y Juan, cargado de cadenas, seguía predicando; porque el tirano había encadenado sus miembros, pero no su espíritu y su voz. Esa fué la causa de su muerte. Herodías sólo le pedía silencio: al ver que no callaba, aspiró á degollarle, y se cuenta que, cuando al fin tuvo en su poder la lívida cabeza, con la aguja de su pelo atravesó la lengua, como Fulvia la de Cicerón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

UNA EXCURSIÓN

Á LA COSTA ORIENTAL DE AFRICA

DE SUEZ Á SUAKIM

En el mes de diciembre de 1897 salí de Suez, embarcado en un *sambuc* (1), deseoso de visitar la costa y el litoral de aquella parte de Africa, tan poco co-



El distinguido explorador español D. VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN

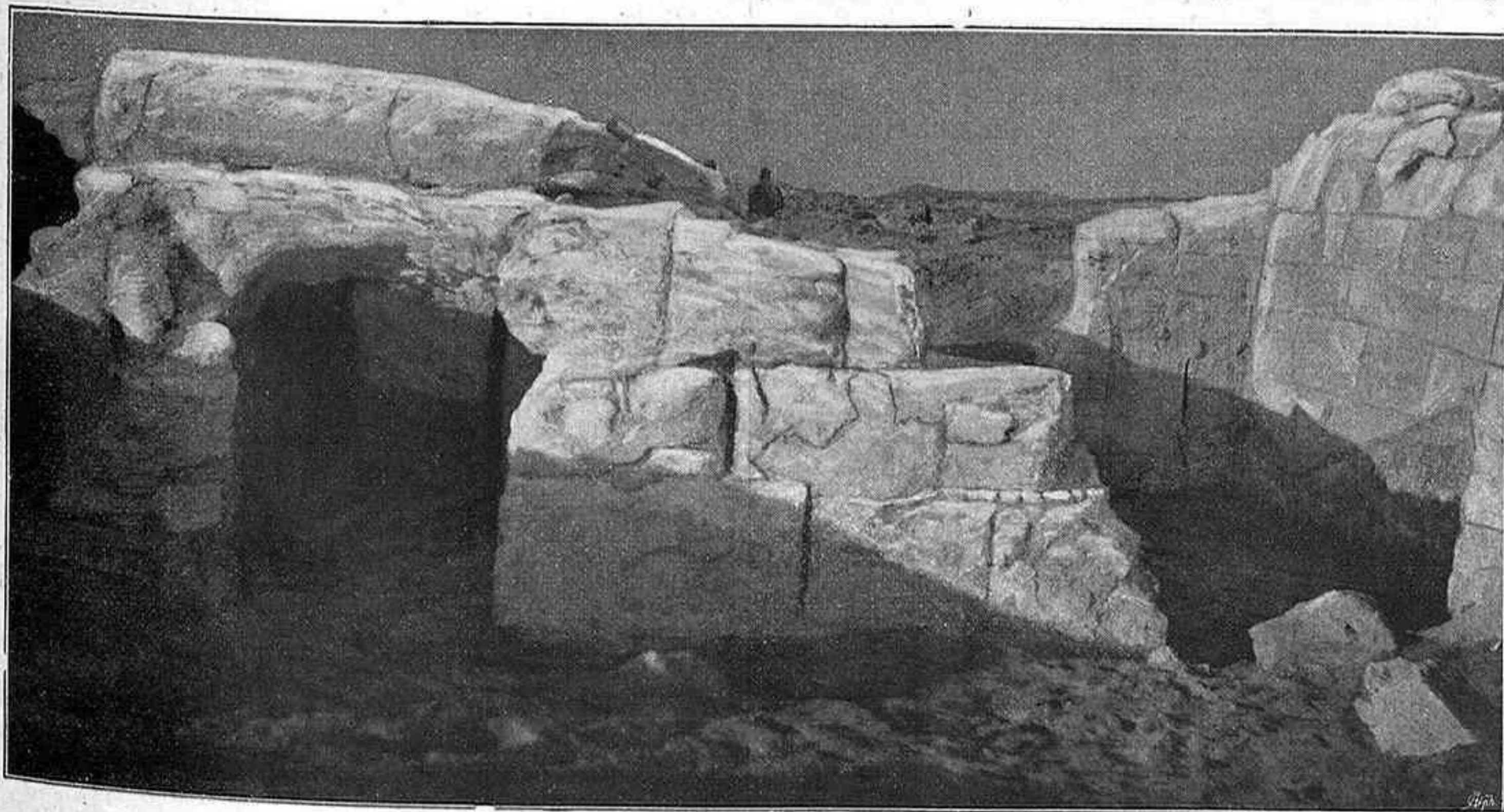
nocida todavía, en donde se encuentran multitud de puertos naturales, muchos de ellos no indicados en los mapas, que sirven de refugio á los *sambucs* contrabandistas, y adonde van á parar los caminos que conducen á Dongola, Chendy y Jartum.

La costa egipcia del mar Rojo ofrece un aspecto triste y desolado; sus montañas son áridas y monótonas en sus formas y abrasadas por un sol ardiente. El mar es de un azul intenso y junto á la costa presenta una franja verde esmeralda que indica el sitio en donde están los arrecifes. Al otro lado de esta barrera de corales que á veces tiene varias millas de anchura, distingúense grandes grupos de algas y algunos raros arbustos de un color verde obscuro, y detrás de éstos una llanura árida que se extiende hasta el pie de las montañas, cuyas rocas, al reflejar los rayos solares, toman en algunos puntos un tono rojo al que sin duda se debe el nombre de aquel mar. A lo largo de este cinturón de arrecifes hay varios islotes, de los que unos sobresalen algunos metros y otros están á flor de agua.

Hasta Coceir aquella costa no ofrece interés alguno, pero á medida que se avanza hacia el Sur va cambiando de aspecto y se presenta más interesante: las montañas son más altas y más accidentadas, sus cimas aparecen más recortadas, sus picos se elevan atrevidamente y la vegetación es más abundante.

Coceir ó Koseir, adonde llegué cuatro días después de haber salido de Suez, es un pequeño puerto con 1.500 habitantes, cuyo comercio se reduce al

(1) Embarcaciones de 25 á 30 toneladas, muy parecidas á las antiguas galeras, que surcan el mar Rojo, el golfo de Aden, Ceylán, etc.: su escaso calado les permite salvar fácilmente los bajos; llevan una vela triangular, y aunque andan poco, manobran bien.



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Restos del templo de Berenice (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

tráfico de los cereales que allí dejan las caravanas del Nilo para ser expedidos á Yambo y Djeddah. Si un ferrocarril uniera Koseir con la vía férrea del Nilo á Keneh, la mayor parte de los peregrinos de Egipto que van á la Meca tomarían este camino, mucho más corto que el de Suez á Yambo ó Djeddah, y aun los de Argelia, Túnez y Alejandría preferirían esta ruta á la que actualmente siguen; pero no parece sino que el gobierno egipcio trata de crear dificultades para que los peregrinos no sigan esta dirección. El telégrafo mismo ha sido suprimido, de modo que para comunicar entre Keneh y Koseir no hay más que el correo en camello una vez por semana. Cuando visité aquella población no había en ella más que dos europeos, el médico de la Sanidad y el maquinista que hacía funcionar el condensador de agua, pues no se bebe allí otra que la del mar destilada. Sería, sin embargo, muy fácil construir en la montaña depósitos que las lluvias llenarían anualmente.

Algunos días después llegué á Ras Benas, que forma el golfo en el fondo del cual se encuentran las ruinas de Berenice, la antigua Verouiti de los griegos. Aunque algunos sabios afirman que su puerto fué construído por Ptolomeo Filadelfo, la verdad es que allí no hay ni ha habido nunca más puerto que una pequeña ensenada natural.

Las ruinas de Berenice están situadas al borde del mar, en una duna poco elevada que domina una llanura árida, salina y arenosa. Belsoni en 1819 tuvo la fortuna de descubrir el sitio en que se alzaba el templo; en 1878 el viajero Purdy desembarazó esta construcción de una parte de la arena que lo cubría y que aún lo cubre en parte, y yo á mi vez hice otro tanto. Este templo tiene muy poco de particular y ha sido descrito por varios viajeros: uno de los grabados adjuntos lo reproduce tal como actualmente se ofrece á la vista del viajero.

De la ciudad de Berenice sólo quedan algunos montículos de ruinas, casas cuyas paredes estaban construídas con bloques de coral ó piedras madreporicas.

Siguiendo de cerca la costa, llegué á Halaieb, distante 465 millas de Suez, puesto militar en donde hay 30 soldados negros y una especie de gobernador, encargados de vigilar los barcos contrabandistas, á las tribus *bicharris* aliadas de los mahdistas y las embarcaciones de pescadores de perlas procedentes de la costa arábiga. Estos soldados no verifican grandes presas, pues como los gendarmes de la opereta de Offenbach, llegan siempre tarde.

Halaieb, cuya vista reproduce otro de los graba-

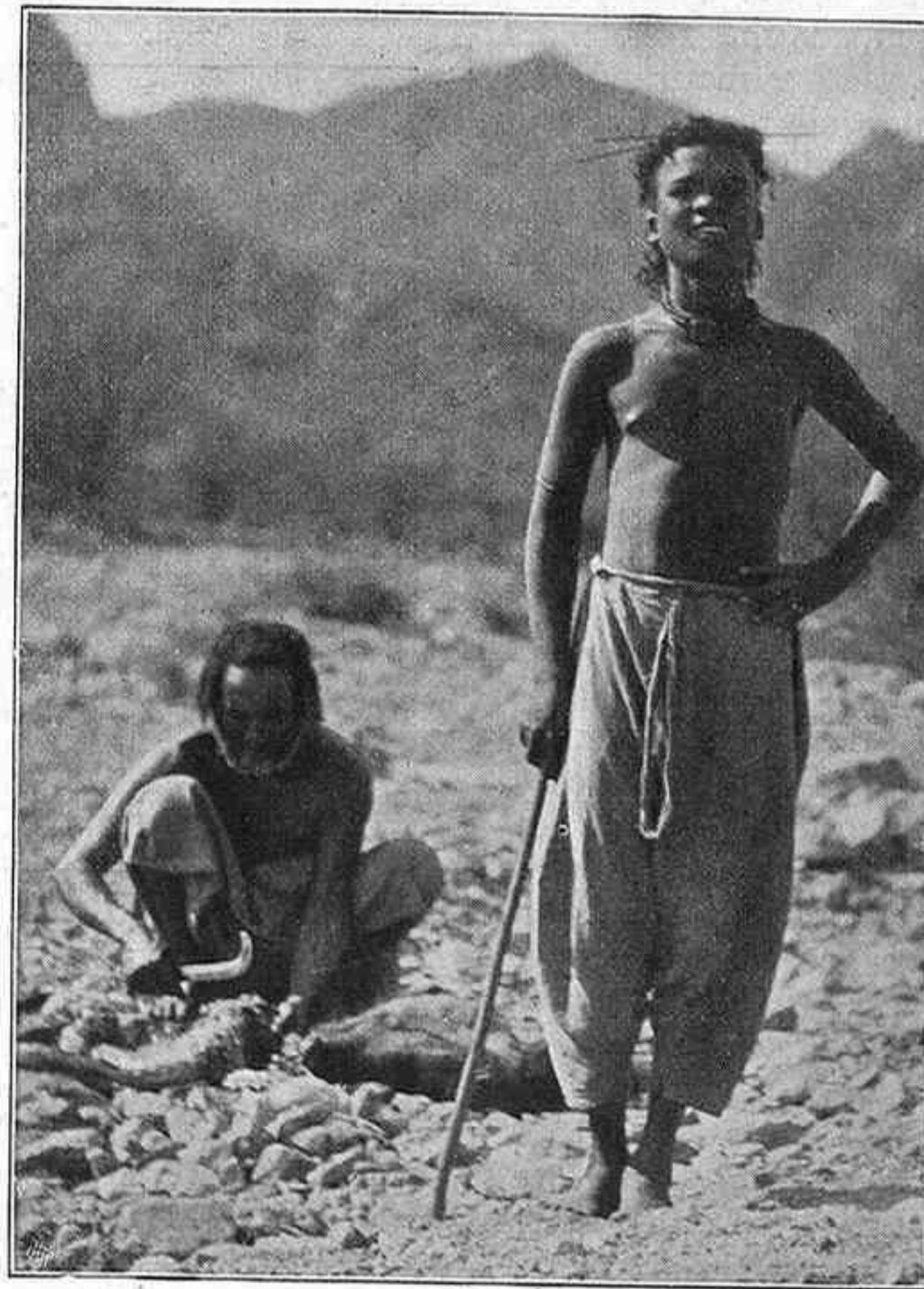


COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Vista del poblado de Halaieb (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

dos, es un conjunto de chozas de bálago que la más pequeña chispa convertiría en un momento en ruinas, como sucedió ya hace algunos años. En aquel

punto dejé el *sambuc*, con gran satisfacción, y proseguí mi viaje en una pequeña barca de unas siete toneladas de cubida y otros tantos metros de longitud, medio podrida y con una vela hecha de retazos de tela cosidos. Mi tripulación se componía de tres negros, más ó menos marinos, y de un niño que desempeñaba las funciones de cocinero, aun cuando toda su ciencia culinaria se reducía á cocer el arroz con *doura* (mijo), sazonado con un poco de sal y dos cucharadas de manteca.

Aquella barca parecía destinada á zozobrar y me hizo pasar muy malos ratos; pero, en cambio, me



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Jóvenes de la tribu de los bicharris (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

permitted estudiar á mis anchas la parte del litoral que se encuentra entre Halaieb y Suakim.

A catorce millas de Halaieb se ven las ruinas de una antigua población que los indígenas denominan Suakim-el-Gadima, la vieja Suakim. La llanura que

se extiende entre la playa en donde aquéllas se encuentran y las montañas, presenta, después de la estación de las lluvias, una vegetación bastante abundante y ofrece buenos pastos á las tribus de los *bicharris*. La ensenada que servía de puerto á aquella población está actualmente obstruída en gran parte por los bancos de coral, hasta el punto de que mi embarcación difícilmente podía navegar por entre los mismos; por su situación sobre el mar Rojo, Suakim-el-Gadima debió tener un comercio marítimo considerable, lo cual supone la existencia de un puerto bastante profundo y seguro para buques de cierto tonelaje.

Una playa de 50 á 60 metros separa el mar de una pequeña serie de colinas, cuya altura varía de 12 á 15 metros, que forma una meseta ondulada que termina en suave pendiente en la llanura.

Las ruinas empiezan al borde del mar y cubren la playa, la vertiente de la colina y la meseta. La ciudad se extendía en la dirección Noroeste á Sur en una longitud de cerca de un kilómetro y una anchura de 500 metros. Lo que resta de aquellas ruinas son numerosos montículos formados por los escombros de las casas, entre los cuales se encuentran fragmentos de brazaletes de vidrio, de variados colores, muy parecidos á los que tres años antes había yo encontrado en el oasis desconocido de los geógrafos y por mí descubierto: á este oasis, situado entre el de Jargueh y el de Dakhleh, le di el nombre



de oasis Abbas, en honor del jefe actual de Egipto, y con él figura en los mapas.

Al Noroeste de las ruinas de la ciudad se encuentra un cementerio en donde se ven numerosas tumbas, la mayor parte de ellas muy bien conservadas: tienen la forma de los dólmenes célticos que se ven en las regiones del Oeste de Francia, en algunas comarcas de Inglaterra y en varias provincias de España, sin más diferencia que la de faltar en los sepulcros de Suakim la piedra superior colocada horizontalmente, que probablemente no existió nunca.

Por el grabado que en esta página publicamos, puede verse que la tumba está formada por cuatro losas de una sola pieza, de piedra madreporica y superficie recta, lisa y pulimentada. Estas piedras colocadas verticalmente se elevan cosa de un metro sobre el nivel del suelo; las de los lados tienen una longitud de dos metros á dos y medio y las de los extremos una anchura de un metro aproximadamente. Su grueso varía entre 12 y 15 centímetros. Para que se mantuvieran de pie se las enterraba en el suelo en una profundidad de cerca de 50 centímetros.

La parte superior está descubierta, formando de esta suerte un pequeño aljibe vacío que quizás antiguamente estaría lleno de tierra arrancada poco á poco por los huracanes.

Esas tumbas no tienen dirección fija: unas miran al Norte, otras al Oeste y otras al Sureste.

Las excavaciones en ellas practicadas han dado los resultados siguientes:

Después de haber derribado las losas y á una profundidad que varía entre un metro y un metro y medio, se encuentran osamentas, pero sin ningún vestigio de ataúd ni el menor indicio de sudario ó de ropas en que el cadáver pudiera haber estado envuelto. ¿Se enterraba á los muertos desnudos?, ¿ó es que el tiempo ha destruído completamente el sudario cuyo polvo se ha mezclado y confundido en la tierra con el polvo del cadáver? Esto último no parece probable, tanto menos cuanto que, como he dicho, el suelo y el subsuelo en donde están practicados esos sepulcros son muy secos.

En los oasis he encontrado cadáveres que databan de más de 2.000 años, y las telas con que habían sido sepultados estaban en parte bien conservadas hasta el punto de poderse reconocer la clase de tejido.

La posición de las osamentas me ha demostrado que el muerto había sido enterrado no echado de espaldas, sino sobre un costado. Lo que más me sorprendió fué la conformación de estos huesos, que parecen indicar la existencia de una raza desaparecida: el cráneo es pequeño y redondo como el de un niño de diez años; el hueso frontal, estrecho y deprimido; la órbita del ojo, muy grande y desproporcionada á la frente; las mandíbulas, muy fuertes; los dientes, finos y prolongados, y las muelas grandes y muy duras. Las vértebras lumbares son enormes, comparadas con las de un hombre de nuestros tiempos; las falanges de los pies y de las manos muy largas y delgadas, y los pies debieron tener, según mis cálculos, una longitud de 30 centímetros y aun más. Las tibias, los fémures y los húmeros son muy delgados y largos; la rótula y las articulaciones de los brazos, muy grandes y desproporcionadas al resto del cuerpo. Los omoplatos son pequeños; la distancia de un hombro á otro corta; el pecho estrecho, y por consiguiente la caja torácica no debió guardar, á causa de su escaso desarrollo, una proporción normal con el resto del cuerpo. Bien hubiera querido recoger uno de esos esqueletos ó algunos huesos como muestra, pero se convertían en polvo al contacto del aire y los dientes mismos se pulverizaban á la más pequeña presión de los dedos, por lo que hube de limitarme á practicar algunas mediciones y á fotografiar un cráneo.

No encontré indicio alguno de embalsamamiento ni ninguno de esos objetos de barro tan comunes en tumbas antiguas.

Lo mismo que las tumbas, la posición de los cadáveres no obedece á una dirección fija, sino que las cabezas unas veces miran al Norte, otras al Sur ó al Oeste, lo cual demuestra de un modo evidente que los habitantes de aquella población no profesaban el islamismo.

Ni en los sepulcros ni en parte alguna encontré inscripciones ó signos que pudieran dar algún indicio acerca de la religión profesada por aquellos habitantes ó permitiera deducir aproximadamente la época en que vivieron.

Los bicharris y los pocos árabes que conocen las ruinas de aquella ciudad las designan con el nombre de Suakim-el-Gadima y nada saben acerca de ellas. A pesar de esto, espero llegar á conocer la verdadera época de que data aquella ciudad, su verdadero nombre y la raza á que pertenecían sus habitantes, y probablemente encontraré lo que busco en el Antiguo Testamento, por la circunstancia de conocer los he-



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Restos de antiguas tumbas en Suakim-el-Gadima (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

breos todas las poblaciones del litoral del mar Rojo.

Al Noroeste y no lejos del cementerio se encuentran los restos de una cisterna que conserva todavía un fragmento de la bóveda que la cubría y que, á juzgar por lo que de ella queda, debió estar bien construída: las paredes son de piedras calizas cuadradas. Al Sureste hay otra cisterna; pero, según mis cálculos, las dos no podían contener agua suficiente para las necesidades de la ciudad, cuya población, teniendo en cuenta el número de montículos ó de casas en ruina y calculando seis habitantes por cada casa por término medio, debió exceder de 2.000 almas. Es, pues, de suponer que existiría algún canal que conducía á Suakim el agua de los depósitos naturales alimentados por las lluvias y que se ven al pie de la montaña Erba.

En aquellas ruinas sólo encontré dos pedazos de granito rojo deformes, cuyo primitivo empleo no pude adivinar, y una especie de pedestal de columna de pórfido sumamente deteriorado.

En Halaieb compré cinco pequeños vasos de barro cocido á un bicharri que los había encontrado excavando en aquellas ruinas; la forma de aquellos objetos no me proporcionó indicio alguno para las investigaciones que practico acerca de aquella ciudad. Sería preciso disponer de tiempo y recursos para realizar allí excavaciones importantes que podrían dar buenos resultados.

Al Suroeste de Halaieb hay una cadena de elevadas montañas, las más altas de las cuales son: Gebel-Assoterba y Gebel-el-Chellal, que tienen una elevación de 3.000 pies aproximadamente. Para llegar al pie de aquellas montañas es preciso atravesar una llanura de unas 15 millas que desde la orilla del mar se va elevando gradualmente y que, como todas las de aquella parte del litoral, se cubre de vegetación durante la estación de las lluvias, ofreciendo, desde octubre á febrero, excelentes pastos á los rebaños de los bicharris.

Subí á uno de los picos más elevados de Gebel-el-Chellal, desde donde se descubre un grandioso panorama: al Este, la llanura y el mar de un azul obscuro; al Sur y al Oeste, numerosos picos de formas extrañas y caprichosas que constituyen valles sombríos y profundos precipicios por donde corren los torrentes.

Aquellas montañas están bastante pobladas de bosque: en ellas como en las llanuras y en los valles la vegetación es robusta, alcanzando los árboles una altura de 15 á 20 pies y formando verdaderos bosques de gran extensión. Crecen también allí multitud de plantas con flores de colores variados; muchas de éstas son trepadoras y algunas producen bayas y frutos exquisitos.

No son aquellas montañas de rocas áridas y abrasadas por un sol ardiente, y por sus formas accidentadas y su color me recordaron algunos montes de Abisinia.

No describiremos geológicamente aquella región ni nos detendremos en explicar detenidamente su

fauna y su flora. De esta última sólo diremos que las especies más comunes son la acacia seyal y la acacia tortilis; en cuanto á la fauna, es muy pobre y la componen principalmente la gacela, el antílope, la liebre, la zorra vulgar, la hiena cebrada, el carnero montaraz y el jabalí. Las aves son muy raras; las diversas especies que vi, apenas llegan á treinta; quizás en el interior se encuentran algunas más. Los insectos también escasean, y el entomólogo no podrá encontrar allí elementos para ricas colecciones.

Hasta el mes de marzo conservan aquellas montañas un aspecto agradable; pero muy pronto las plantas se secan y desaparecen; la llanura, las colinas y los valles se vuelven áridos, y sólo se ve el escaso follaje de las acacias y de algunos otros arbustos cuyas especies pueden resistir los calores tórridos que desde marzo á septiembre hacen penosa la existencia en aquellas regiones á los mismos bicharris.

Al Este de Gebel-el-Chellal, en un profundo desfiladero, hay un manantial que da agua potable durante todo el año. A una distancia de cinco millas al Sureste de esta fuente se encuentran algunas ruinas de escasa importancia, situadas al extremo de una pequeña llanura rodeada de colinas: entre ellas se ve un

lienzo de pared que formaba el ángulo de un edificio cuadrado cuyo destino no pude explicarme y cuya superficie total es de 25 metros cuadrados. Aquella pared, cuya altura es de cuatro metros, está construída de morrillo y dos de sus caras aparecen revestidas de un mortero compuesto de cal y arena parecido al que en sus construcciones empleaban los romanos.

Algunos metros más lejos hay dos tumbas, cuyas paredes tienen tres metros unas y dos otras de largo por uno de alto: estas tumbas están vacías hasta el nivel del suelo y por su forma se parecen á las de Suakim-el-Gadima. Creo que estos sepulcros datan de la época del sultán Salah-ed-Din (567 á 589 de la Hégira, que corresponden á los años 1171 á 1193 de nuestra era).

A 65 millas al Sur de Halaieb y en el fondo de un golfo formado por el cabo Ras Roueya, se encuentra Mohamed-Gol (véase el grabado), aldea muy parecida á aquella, al Oeste de la cual y á una distancia de 30 millas álzase la montaña Erba, cuya altura es de unos 3.500 pies. Saliendo de Mohamed-Gol y siguiendo la dirección del Norte, se llega á Bir Wadi, desde donde el camino se dirige hacia el Noroeste hasta el valle de Wadi-Gabet; el viaje desde el mar á este valle dura cuatro días. En Wadi-Gabet se encuentra agua potable dondequiera que se escarbe el suelo; en él se ven los restos de antiguas minas de oro que, en mi concepto, sólo fueron explotadas superficialmente: según mis observaciones, aquellos yacimientos auríferos no han sido agotados y creo que, empleando los modernos sistemas de extracción, todavía podrían obtenerse de su explotación grandes beneficios.

Hay en este valle varios montículos llenos de ruinas de edificios agrupados en aldeas y de molinos para triturar el mineral, muchos de ellos todavía en perfecto estado de conservación. En uno de aquellos montículos se ven grabadas en una roca cuatro grandes letras, separadas unas de otras: una *delta*, una *omega*, una *theta* y una *iota*, lo cual indica que aquellas minas debieron ser explotadas en tiempo de los Ptolomeos, y quizás mucho antes, y que los obreros eran griegos.

Me aseguraron que en la dirección Suroeste de Wadi-Gabet, y á una distancia de tres días de marcha, se encuentra el Wadi-Hayet, en donde hay minas análogas á las citadas y monumentos antiguos; cosa muy probable, pues los historiadores árabes dicen, hablando de las vastas comarcas que se extienden entre Egipto, Nubia, Abisinia y el mar Rojo, que contienen minas de oro, plata, cobre, esmeralda, topacios, etc.

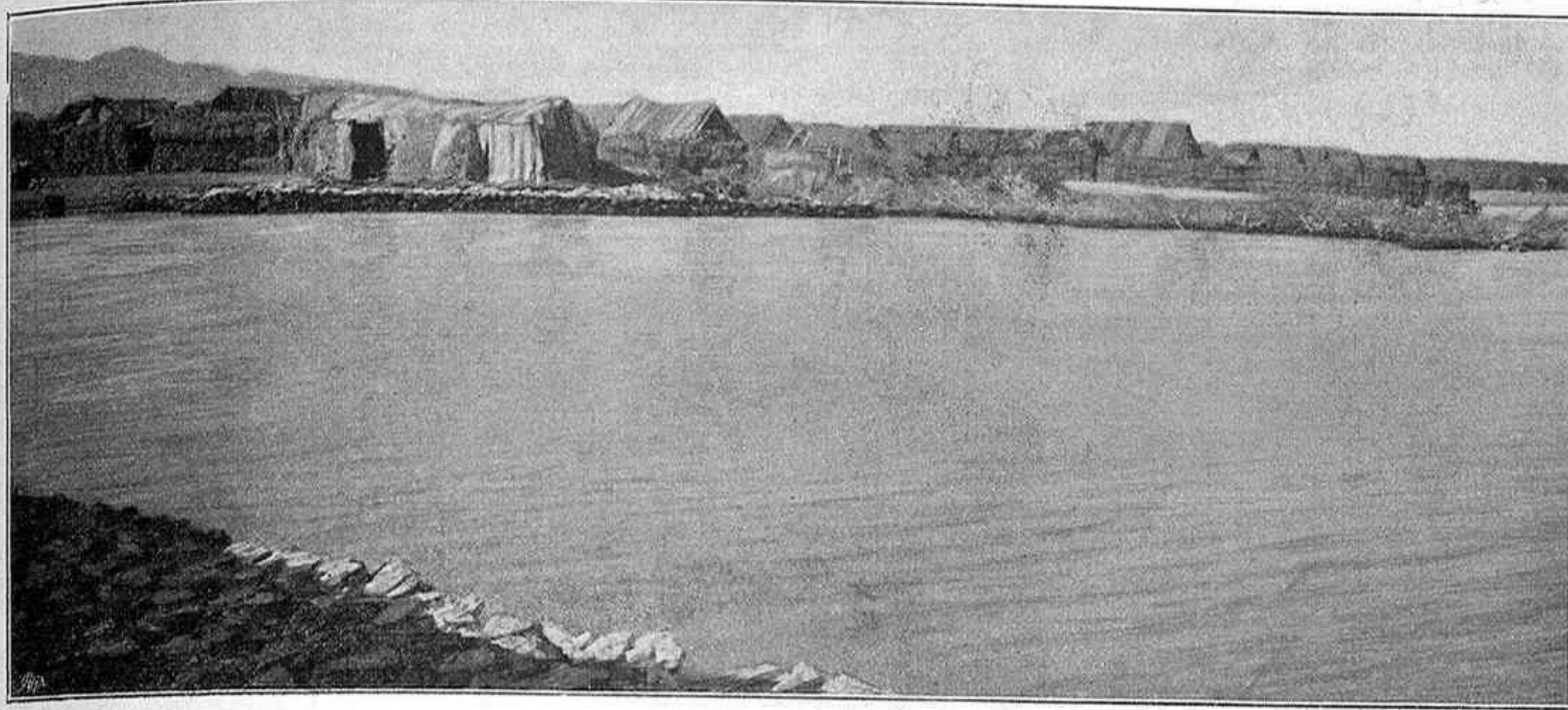
Para terminar el presente trabajo, diré algo acerca de la raza de los bicharris, que desde hace muchos siglos habitan aquella región.

El distinguido orientalista M. Quatreniere cree reconocer en los bicharris á los descendientes de los blemiés ó pueblo de los bejas, el más antiguo de cuantos han habitado ese país y que los historiados

res árabes presentan como pueblo nómada que vivía en el territorio comprendido entre el mar Rojo, en las orillas del Nilo, y la Nubia y las fronteras de Abisinia en la época en que aquellos historiadores escribían. El profesor Keane opina que los bejas y los

su adorado pueblo, la renombrada imagen de la célebre copla:

Mira qué bonita era;
se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - La aldea de Mohammed-Gol (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

bicharris son un mismo pueblo. En cuanto á mí, creo que estos últimos formaban simplemente parte de una tribu camítica pastoril ó de un grupo de tribus que habitaban el país comprendido entre Koss, sobre el Nilo y Suakim, y á las cuales los habitantes del valle del Nilo daban el nombre de bejas. Es probable también que el nombre beja no fuese otra cosa que la palabra nubia, ó hablando más propiamente, la palabra kensi que quiere decir «pueblo de fuera» «extranjeros.»

Los habitantes del Nilo les denominaban bárbaros y los extranjeros les daban los nombres de balnemani, blemmyes y erembi.

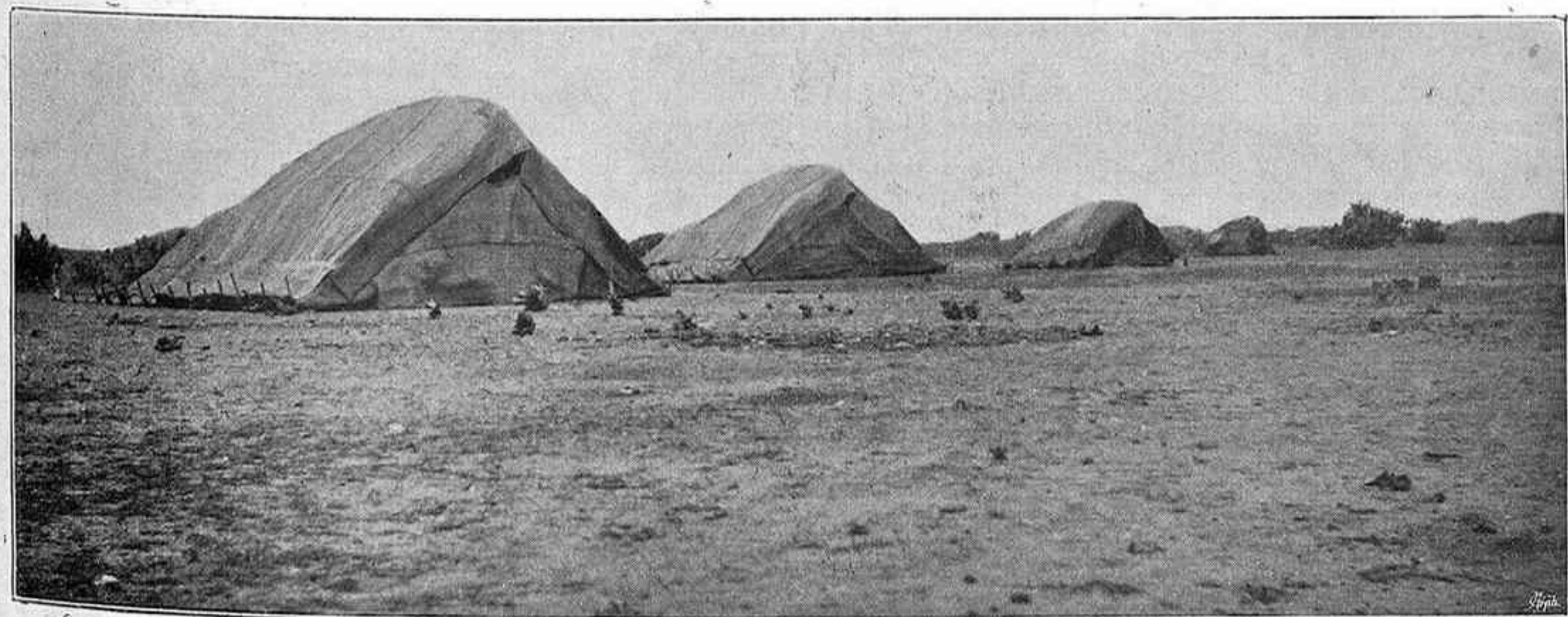
La subtribu de los bejas que se había establecido más al Norte era la de los bicharris que hablaban y hablan todavía el bicharri, lengua hermana de la abisinia. Sus costumbres se parecen mucho á las de los etíopes, y físicamente hay también gran semejanza entre unos y otros, siendo igual el color de su piel. Lo propio puede decirse de sus danzas y de la modulación de sus cantos guerreros y amorosos.

Los bicharris son en extremo perezosos y sienten verdadero horror á todo trabajo manual. Su carácter es falso; son maliciosos, vengativos y rebeldes á todo progreso y á toda civilización. Nominalmente están sometidos al gobierno egipcio; pero en realidad gozan de una independencia que nadie trata de arrebatarles: viven libres en su país obedeciendo á jefes de tribu que los gobiernan á su antojo del mismo modo que hace mil años.

Profesan la religión mahometana, pero muy adulterada; no son fanáticos como los árabes y los turcos y entre ellos se encuentran reminiscencias de creencias mitológicas y hebreas, lo mismo que en Abisinia y en otros pueblos del África Oriental y Central.

VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN.

Cairo, mayo de 1900.



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Una aldea bicharri (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

EL TRAJE DE LUCES

Juanillo el *Templao* soñaba con sus glorias del arte taurino por una mujer á quien tenía levantado un altar en su pecho, tan grande y tan lleno de las flores que siempre le echaba como el de la Virgen de

da, bordaba en oro de manera admirable, y su reputación había llegado á todas partes, ganando con sus manos, también de oro, cuanto pudiera desearse en su oficio.

¡Qué negros y rasgados sus ojos y qué gracia en la cara y en los andares y en la sonrisa que dejaba en-

trever el marfil de sus dientes como copos de nieve!

Se preparaba una solemnidad taurina en Sevilla. Los diestros más célebres iban á tomar parte en la lidia, y al lado de ellos, compitiendo por vez primera en el redondel con los afamados maestros, iba á presentarse Juanillo.

Gloria ambicionó que su novio estrenase en aquella tarde un traje bordado por ella, y aquel traje grana, simbolizando el apasionado afecto de la que lo había bordado, llamó la atención.

El torero salió á la plaza, y en el paseo las miradas de todos se fijaron en el traje de luces.

El *Templao* toreó como un Cúchares y se adornó como un Guerra; pero cuando llegó el momento de coger los trastos para matar y no obstante lo bien que lo había el público acogido durante la tarde, profunda tristeza se reflejaba en su cara, y era que en medio de tanta gloria le faltaba la suya.

Ella no estaba allí. Terrible y rápida dolencia la retenía en la cama.

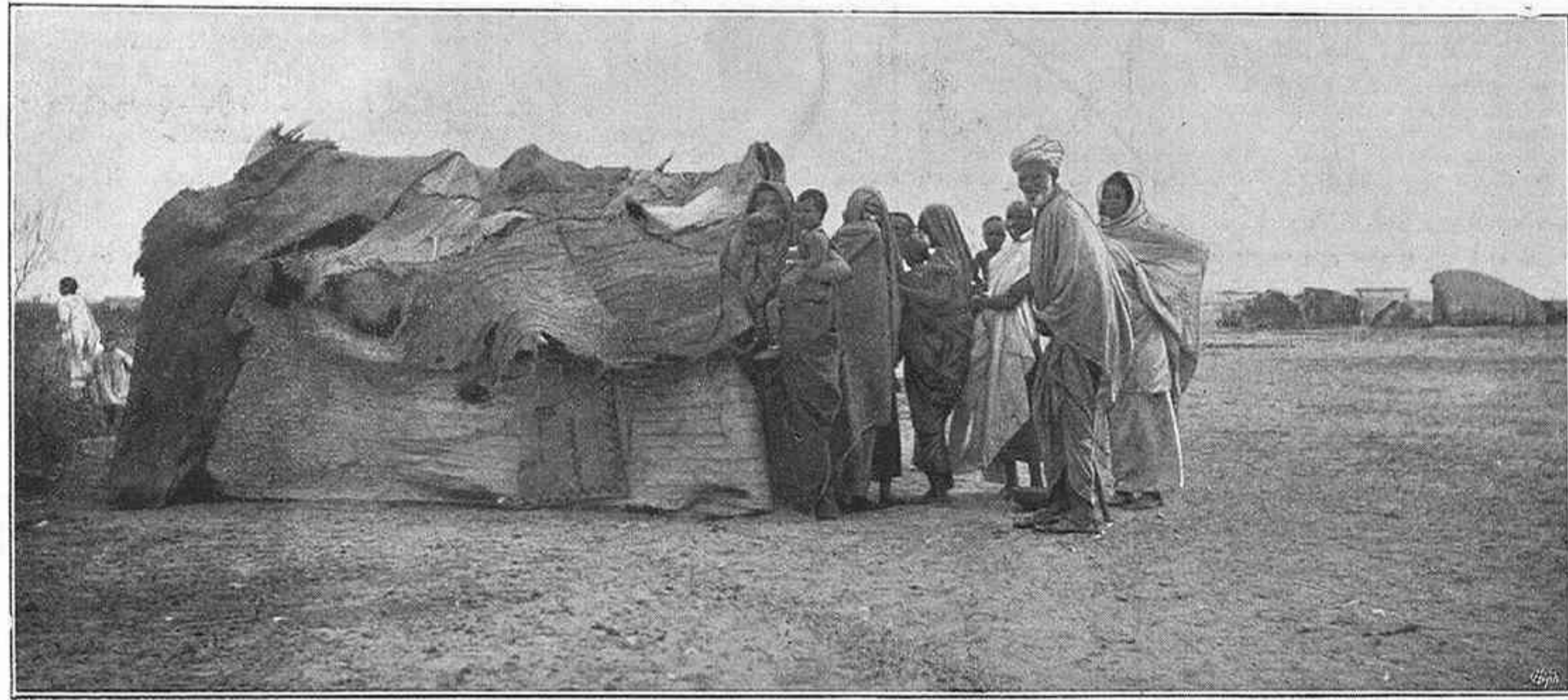
Juanillo se abrió de muleta y le dió unos pases al bicho que produjeron en el público un entusiasmo delirante. Citó á la fiera y la recibió de una estocada superior hasta el mismo puño.

Excusamos ponderar la ovación de que fué objeto en aquel momento por la muerte que dió á su primer Miura, y cuando se hubo retirado del toro, al llevarse el estoque victorioso para saludar con él á la presidencia, se le vió palidecer y caer de pronto.

El torero no había sido cogido y caía. ¿Qué había pasado?

El público vió únicamente que llamado por él en aquel instante; se le había acercado el primer banderillero de su cuadrilla y le había dicho algo al oído. Gloria había muerto media hora antes.

Entre varios toreros fué llevado Juanillo á la enfermería, sabiéndose á poco el motivo de haber que-



COSTA ORIENTAL DE AFRICA. - Una cabaña de bicharris (de fotografía de V. Abargues de Sostén)

le amado después como pocas veces quiere una mujer en el mundo.

Juanillo se crecía por momentos, y cuando toreaba en Sevilla estaba hecho un coloso, de capa, á los quites y en la suerte suprema.

Gloria, la novia del torero, la moza de más rumbo que había nacido en la ciudad del Alcázar y la Giral-

dato privado de todo conocimiento, y aunque le hicieron volver en sí, los facultativos no estimaron oportuno que el diestro continuase tomando parte en la lidia por el estado excepcional en que se encontraba. La desesperación que se había apoderado de él le hubiese llevado á un suicidio, entregándose al primer toro que hubiese visto.

Tal como estaba, con aquel mismo traje de luces que había bordado Gloria, corrió acompañado de sus amigos á abrazar el cadáver de aquella mujer divina que había brillado en los sueños del diestro como el oro de los bordados de su traje.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

¿QUEDAN EJEMPLARES?

Quiero suponer, porque la suposición atenúa la vergüenza de mi ignorancia, que mis lectores desconocen el inglés, lo mismo que yo. Partiendo de esta hipótesis, empiezo por decirles que las palabras inglesas *The Book of Wealth*, traducidas al castellano, equivalen á este título: *El libro de la riqueza*.

No respondo de haber sido exacto al traducir, ni de mi fidelidad al copiar; la traducción castellana me la facilitó un periodista madrileño, sobre el cual declino toda la responsabilidad; la frase inglesa la copié palabra por palabra y letra por letra de las columnas de un diario muy popular en España. Si hay en el título mencionado errores de poca ó de mucha monta, quede bien sentado que yo no he tenido la culpa, y

En pos de estas reflexiones y hechas estas salvedades, pasemos de las verdades á las consideraciones,



como dijo el aplaudido autor D. Tomás Rodríguez Rubí, en su comedia intitulada *República conyugal*; comedia de la que nuestros hijos no tienen noticia y que nuestros padres aplaudieron con entusiasmo.

Pues bien: es el caso que, hace ya muchos meses, tal vez años (no puedo precisar la fecha), contaron los periódicos más importantes de Europa de como, en Nueva York, se había publicado un libro cuya tirada era solamente de *cuatrocientos ejemplares*; número, en verdad, fabulosamente pequeño allí donde las ediciones se cuentan casi siempre por millones de libros.

Esa obra era justamente la que llevaba, y supongo que seguirá llevando, el título *sugestivo* ya mencionado: *El libro de la riqueza*.

Según los diarios que daban la noticia, los cuatrocientos ejemplares de la edición estaban repartidos de este modo:

150 de lujo; como si dijésemos: de gala.
250 menos lujosos; esto es: de media gala.

Cada ejemplar de los de lujo estaba encuadernado en oro y costaba *doce mil quinientos francos*. ¡Una pequeñez!

Cada ejemplar de los doscientos cincuenta restantes costaba solamente *cinco mil francos*: una miseria.

De éstos no decían los noticieros en qué estaban encuadernados.

Sin que yo lo jure, me creerán ustedes cuando les diga que ni adquirí ejemplar de los de lujo, ni siquiera de los de á precio reducido, ni me pasó por las mientes la idea de comprar uno; pero confieso con ingenuidad que me quedé con ganas de ver un libro de esos ó de saber por lo menos de qué trataba.

Porque la verdad es que el diario en que leí la noticia no se cuidó de decirlo, y solamente mostró su indignación porque se publicasen obras tan caras.

«Acaba de publicarse en Nueva York (decía muy enojado) un libro que no se halla al alcance de todas las fortunas, lo cual no es muy de sentir, pues el tal libro dista mucho de ser absolutamente necesario para los que buscan en la lectura un medio de instruirse.»

La verdad es que no todo el que lee busca en la lectura medio de instruirse. En la lectura, en lo que suele llamarse lectura, más se busca el esparcimiento y el solaz del espíritu que la instrucción; la cual, de ordinario, se procura con el estudio. Y por otra parte, libros que sean *absolutamente necesarios* hay muy pocos; podría decirse que no hay ninguno. Pero, en fin, es justo aceptar este inofensivo desahogo del noticiero á cuenta del favor que nos hizo con la noticia.

«Con la obra en cuestión (*según diciendo más irritado cada vez*), sólo se aprende la irritante desigualdad con que reparte sus dones la fortuna.»

¡Hombre, hombre, pues eso ya sería aprender algo, y no por cierto de lo menos importante! Nuevo no es seguramente; pero interesante lo es mucho.

Y como si el atribulado periodista considerase que tal vez había sido injusto atribuyendo á la fortuna pecados del hombre, agregaba inmediatamente:

«También puede verse en rigor el gravísimo peligro á que se halla expuesta la sociedad por injusticias de la suerte.»

¿De la suerte? Pues en este sentido, suerte y fortuna ¿no vienen á ser una misma cosa?

Indudablemente.

Así como el vulgo dice, con mucha exactitud por cierto, que *olivo y aceituno todo es uno*, las injusticias de la suerte y los caprichos de la fortuna en nada esencial se diferencian.

Sospecho que el noticiero se proponía decir otra cosa y no se atrevió á decirlo, porque le pareció de excesiva crudeza.

Dijérase ó no, siempre será verdad que esas *irritantes desigualdades* á que aludía no son tanto el producto de antojos de la suerte como resultado lógico de la tontería y de la maldad de los hombres.

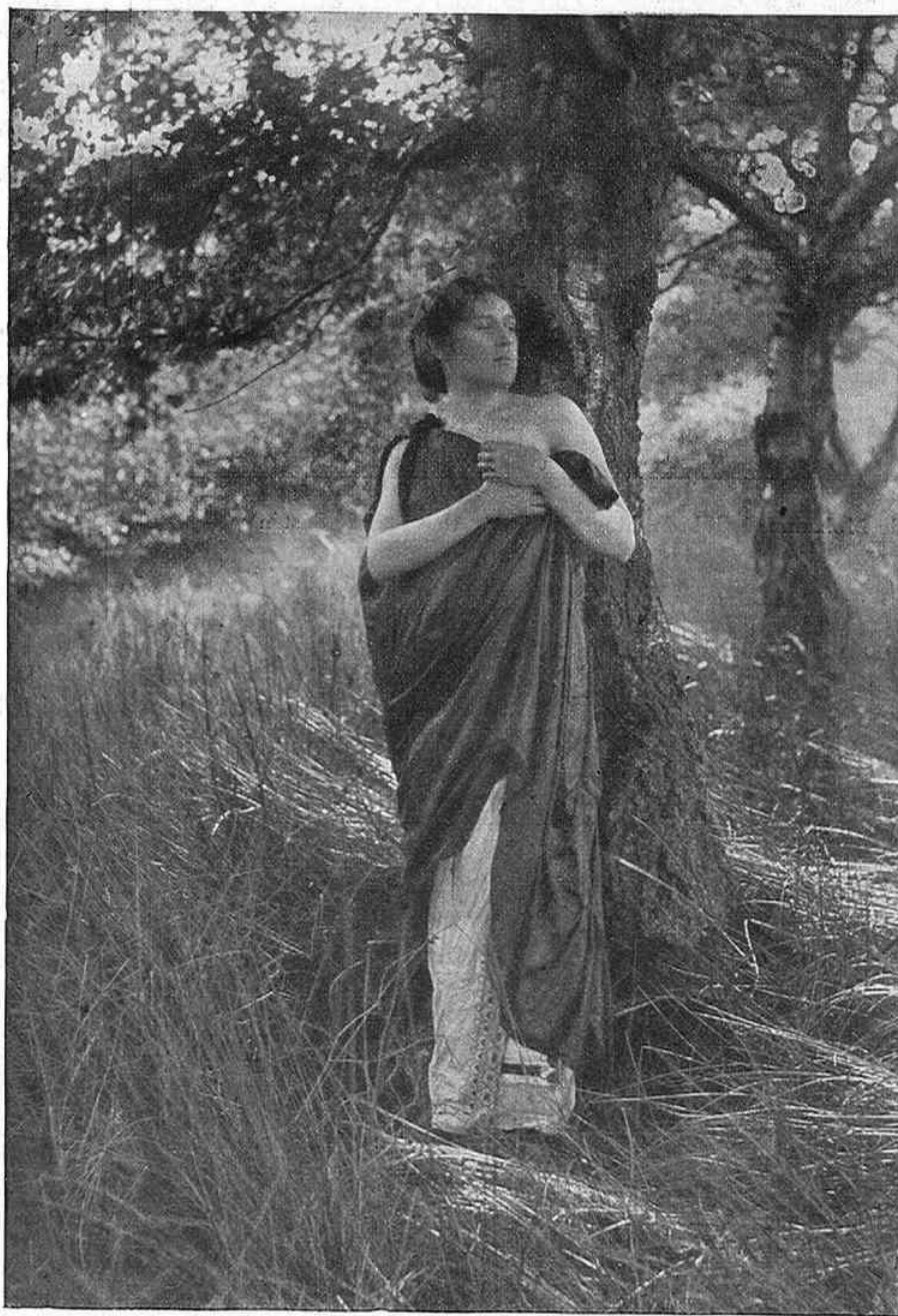
Sin ahondar mucho en una materia de suyo peligrosa y tornando á nuestro libro de la riqueza, conveganos en que una lectura cuyo fruto es conocer gravísimos peligros de la sociedad humana, no puede en justicia llamarse inútil.

Y continuaba escribiendo el malhumorado bibliógrafo: «De dicho libro, que debe ser como el Evangelio de aquel país, donde se adora el becerro de oro, sólo se han tirado cuatrocientos ejemplares.»

No sería malo averiguar dónde se halla el país ci-

vilizado en el cual no se adora el becerro de oro. — Si hubiésemos de creer al crítico de referencia, sólo en *Nueva York* y acaso en Norte América existe el feo vicio de apreciar el dinero. De España no hablemos; los españoles lo desprecian altamente y casi siempre lo llaman el vil metal. Paréceme, no obstante, que lo de llamarlo vil es una manera de aplacar resquemores de los que no lo tienen..., y no digo los

EL ARTE Y LA FOTOGRAFIA



LA DIOSA DE LA SELVA, estudio de fotografía de E. Day é hijos, de Bournemouth

que no lo tenemos, porque aunque yo, efectivamente, no lo tengo, ni lo tuve nunca, jamás he llamado vil al oro; ni siquiera á la plata.

El libro de las riquezas, por lo que va dicho, debió de publicarse como guía de los millonarios; una especie de almanaque *Gotha* para los americanos.

Así como en España, donde los archimillonarios escasean mucho, tenemos un libro titulado *El Mundo de los periódicos*, y en el que nuestro compañero de oficio *Santomé* nos saca á todos á relucir, en Nueva York han sacado á la vergüenza á los ricachos y les hacen pagar *dos mil quinientos pesos* por tener el gusto de ver en letras de molde su apellido y la cifra de su fortuna y de tener todo eso encuadernado en oro.

Fuera de la encuadernación (que no es de oro precisamente), los periodistas españoles pueden tener idéntica satisfacción por muchísimo menos dinero; y hay quienes la han tenido de balde.

Respetando el enojo, quizás justificado, del noticiero cuyas lamentaciones he reproducido, no me negarán ustedes que los datos contenidos en *El libro de la riqueza* — si es que llegó á publicarse, pues pudo ser una broma de aquellos periodistas — son de verdadero interés. Sobre todo y principalmente para los hombres de negocios y para los caballeros de industria, para los nobles arruinados que pretenden sacar á subasta su nombre y sus blasones y para los comerciantes en quiebra.

Si el precio de cada ejemplar de los baratos era de *cinco mil pesetas* y el de cada uno de los caros *doce mil quinientas* (dicho sea sin ofender á los francos), es posible que no se hayan vendido aún todos.

Por eso preguntaba yo: ¿Quedan ejemplares? — No sé si en Nueva York tendrán alguno en las bibliotecas públicas. — Si la obra se hubiese *editado* en Madrid, ya habría algunos ejemplares en los puestos de libros viejos.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL TROVADOR

— Por mí la *great attraction* en Sevilla era de ver pelar *the pavo*, me decía un inglés que vino á visitar Andalucía.

Y vió el hombre «pelar el pavo» ó la pava, y quedó satisfecho.

Aquellas rejas de Sevilla, de la auténtica; porque la Sevilla moderna, con sus edificios de tres ó más pisos y al «estilo extranjero», no es la tierra de gloria ni la capital andaluza, sultana del Guadalquivir y demás.

Las costumbres y hasta el vestido han perdido carácter.

Como se lamentaba, con profunda pena, un sevillano viejo ó del teatro antiguo:

— Esta no es ya mi Sevilla ni na: véaste que andamos vestidos de máscara con este jongo y esta brusa que paesemos amolao-re de extranji.

Ya no ve el que visita á Sevilla los vestidos de majo, los sombreros redondos, las botas con correas y bordados de seda, ni las chupas de terciopelo azul ó granate, y las fajas de Manila ó de seda morunas; ni aquellas mujeres con falda de volantes, corta, de percal ó granadina, en colores vivos, y el pañuelo de talle ó el pañolón de la China con bordados en seda de pájaros y figuras y rosas del Celeste Imperio, y las medias también de seda ó de algodón fino y blanco y zapatos bajos de tabinete ó de cabritilla.

Algo queda en los barrios y en pueblillos de la provincia. Mujeres hermosas, de gracia fina, de la aristocracia de la belleza, adornada la cabeza con flores que parecen hermanas menores de aquellas mujeres, y luz y alegría y naturaleza de gala con uniforme, lo hay siempre en Sevilla y lo habrá mientras exista la ciudad ganada por el Rey Santo.

Y se conserva la reja con marco de macetas y guirnaldas, y cortinaje de enredaderas y campanillas y rosas y claveles, que son nidos de sevillanas y trascienden como ellas á gloria.

Y se conserva la costumbre de «pelar la pava», que en las noches de verano apenas se da paso sin tropezar, en una ó en otra acera, con los trovadores asidos de las rejas, como lagartos, en poéticos y dulces coloquios de amor.

No faltan curiosos impertinentes y «ex lagartos» ó lagartos desdeñados que vayan á buscar ruidos á los afortunados amantes junto á la reja de la ingrata.

Y *guasones* que, sin que les importe un perro chico, se divierten molestando á los tórtolos nocturnos, interrumpiendo sus sentidas pláticas.

Y aun sujetos que por dar salida al exceso de vapor de vino, pasean calles y perturban á los trovadores inocentes.

Pongo por caso:

Funcionaba en Sevilla la compañía de zarzuela de Arderius, de la que formaba parte — la parte de bajo ó «sub-bajo» cómico — el popular artista Escríu.

En la compañía que actuaba, durante dos meses de verano, en otro de los teatros de aquella capital, figuraba Ricardo Zamacois, el inolvidable actor cómico-lírico.

Escríu y Zamacois se apreciaban mucho mutuamente, y después de la función solían echarse á la calle para correr «su *mijita* de juerga», solos, rara vez, dada su popularidad, ó en compañía de varios amigos, sevillanos de salero y buen humor.

En una de esas noches *lúrguves*, después de haberse extralimitado un tanto, aunque de buena fe y sin segunda intención, ambos colegas, paseaban marcando el paso con todo el cuerpo, impulsados por el misterioso motor de vino.

Entraron en una calle no apartada del centro, uno siguiendo por cada acera y como si estuvieran encargados de la vigilancia nocturna: graves y sin hablar palabra, tal vez por exceso de imaginaciones báquicas ó por dificultades accidentales de pronunciación.

A los pocos pasos tropezó Ricardo con un trovador como incrustado en una reja; y en un vaivén se echó para el lado del arroyo, diciendo á Escríu:

— Escúpete, Curro, que hay trepadores en las paredes.

— ¡Carape!, murmuró ó balbuceó Escríu, y se salió al encuentro de Zamacois, exclamando: ¡Galanes enredaderos!

Los dos, apoyándose mutuamente, se detuvieron. — Mira, trovador, dijo Ricardo á Escríu; ¡yo te

«mardigo!» No, no; yo te desprecio por senificante.
 - Eso es, afirmó el «profesor Escriu.»
 - Eres un imbécil.
 - Eso es, imbécil.

tan oportunamente, nos asesinan esta noche los trovadores y sucumbimos los dos huérfanos de Bruselas sin abate L' Epée.

EDUARDO DE PALACIO.

desde el momento en que no le es dable distraer un solo hombre de los que tiene en el Africa del Sur, á menos de exponerse á que los boers, que no se dan por vencidos y cuya actitud exige la ocupación constante y total de los territorios por el ejército británico conquistados, logren en poco tiempo y con escaso esfuerzo recuperar lo que tantos meses y tan considerables pérdidas ha costado á los ingleses adquirir.



GUERRA ANGLO-BOER. - Marcha de los ingleses sobre Pretoria. Un alto junto al río Vet (de fotografía de H. C. Shelley)

Pero dejando á un lado estas consideraciones y estas hipótesis sobre lo que pueda en lo futuro ocurrir, consignemos lo poco que de relativamente interesante ofrecen las noticias últimamente llegadas del teatro de la guerra sudafricana.

Los esfuerzos del generalísimo Roberts

tienden á dar algún golpe decisivo que ponga término á la lucha, y al efecto ha dispuesto sus fuerzas de modo que puedan apoderarse de los generales Botha y de Wet, que son, en la actualidad, los dos caudillos que de mayor prestigio gozan en el ejército confederado. Según comunicó hace días el War

- Un mal nacido follón,
 mal caballero y villano,
 felón.
 - Felón y marrano,
 sin chispa de educación,
 que has ultrajado á un padre anciano.
 - Basta de poesía.
 - Basta... ¡y á él!
 - ¡A él! ¡Miserable!
 ¿Te enteras, trovador?
 El galán, que no había hecho caso de aquellos dos sujetos desconocidos y perturbados detenidos en medio de la calle y hablando uno con otro á voces, ó se dió por aludido ó se cansó de que no le dejaran con sus voces entenderse con su amada, y se fué hacia ellos.

Zamacois, que vió la acción, dijo á Escriu con terror cómico-trágico:
 - ¡Cielos! El trovador! ¡Huyamos!
 - ¡Huyamos!, repitió «el profesor.»
 Y salieron calle abajo con tanta precipitación como se lo permitían las piernas.

Apoco, se encontraron con unos amigos, sevillanos de grande alegría y buena solera que estimaban mucho á los dos artistas.

- ¡Profesor!
 - ¡Zamacois!
 - Huyamos, repitió Ricardo.
 Y relató lo ocurrido y todo paró en lo natural: en

GUERRA ANGLO-BOER

Hemos de comenzar esta crónica haciendo la misma indicación que en las últimas hacíamos, á saber que la lucha en el Africa austral va perdiendo cada día en interés, á medida que se van complicando los



GUERRA ANGLO-BOER. - Marcha de los ingleses sobre Pretoria. Paso del río Vet (de fotografía de H. C. Shelley)

asuntos del imperio chino. Por cierto que el conflicto surgido en el Celeste Imperio se ha presentado en la peor ocasión para los ingleses; pues éstos, gracias á la guerra del Transvaal, se encuentran en la imposibilidad de enviar á China un número de tropas proporcionado al que allí envían las demás potencias, lo

Office, el general Botha está completamente cercado por tres divisiones inglesas y por otras tantas el general de Wet.

De ser esto tal como el ministerio de la Guerra británico afirma, la situación de ambos generales puede calificarse de desesperada; pero la verdad es que á pesar del tiempo transcurrido no se sabe que ninguno de ellos haya sido hecho prisionero, lo cual nos autoriza á suponer que no se encuentran tan en peligro como se pretende hacer creer.

Y teniendo en cuenta la habilidad para burlar al enemigo de que tantas pruebas tienen dadas los boers desde el principio de la guerra, no es aventurado esperar que también esta vez lograrán escapar de la persecución de que son objeto y podrán continuar dando que sentir al ejército enemigo, si no en una lucha en grande escala, por lo menos acudiendo al sistema de emboscadas y sorpresas que no permitan á los ingleses gozar en reposo de su conquista. - A.



GUERRA ANGLO-BOER. - Marcha de los ingleses sobre Pretoria. La impedimenta del ejército inglés (de fotografía de H. C. Shelley)

juerga general con trovador y todo, que era también amigo de los otros.
 Y Escriu dijo, abrazando á varios, enternecido:
 - ¡Gracias, jóvenes, gracias! De no acudir ustedes

cual puede redundar en su perjuicio en el caso de que éstas quieran llevar hasta el último extremo su intervención en aquel Estado asiático. Inglaterra se halla en una situación en extremo comprometida





LA VIUDA, cuadro de Schryver



CABEZA DE ESTUDIO, obra de Juan Engel

NUESTROS GRABADOS

Jorge Masson.—A la edad de sesenta años ha fallecido recientemente en París este conocido editor, cuya personalidad figura entre las más eminentes de la industria de la librería francesa contemporánea. En 1871 sucedió a su padre en la jefatura de la importante casa editorial universalmente conocida sobre todo por sus publicaciones científicas. M. Jorge Masson, que había estudiado en el liceo de Luis el Grande, unía a sus aptitudes comerciales una elevada cultura intelectual. Su experiencia, su infatigable actividad y su laboriosidad prodigiosa



JORGE MASSON, conocido editor francés, presidente de la Cámara de Comercio de París, recientemente fallecido

permitieronle ejercer, aparte de su profesión, numerosas funciones públicas: fué presidente del Círculo de la Librería, de la Unión Comercial, de la Oficina nacional del Comercio exterior, delegado senatorial, presidente de la Cámara de Comercio de París, miembro del Comité consultivo de los ferrocarriles, de la comisión superior de la Caja nacional de Retiros, de la comisión superior de la Sociedad de Seguros de muerte ó accidentes, de la comisión consultiva de Correos y Telégrafos, del comité consultivo de los consulados, del comité de dirección de los servicios de higiene de Francia, del consejo de perfeccionamiento de la Escuela de lenguas orientales, etc. En 1899 había sido nombrado comendador de la Legión de Honor y últimamente los presidentes de todas las Cámaras de Comercio de Francia le habían designado para presidir la asamblea de este año. Las obras publicadas por su casa editorial se cuentan por centenares, consagradas todas a la enseñanza secundaria y superior y a la vulgarización científica: entre las principales citaremos el gran *Diccionario enciclopédico de Ciencias Médicas*, en 100 volúmenes, los *Archivos del Museo de Historia Natural* y multitud de tratados de medicina, de cirugía, de patología general y de dermatología que han llegado á ser clásicos. Además editaba cuarenta y dos periódicos científicos, entre ellos *La Nature*, esa notable y popular revista que tanto ha contribuido á generalizar las conquistas de la ciencia.

Ribera del Llobregat, cuadro de Segundo Matilla.—Nueva ocasión nos ofrece el discreto pintor Sr. Matilla para reproducir uno de sus últimos cuadros y consignar una vez más el lisonjero juicio que nos merece, ya que el bellísimo paisaje que copia fielmente las riberas del Llobregat es testimonio irrecusable del progreso y adelantos realizados por quien, como en Segundo Matilla, corren parejas el entusiasmo por el arte y su plausible laboriosidad. Gracias á su perseverancia y constante estudio, ha logrado vencer dificultades y avanzar con firmeza y seguridad por la senda que se trazara, significándose siempre en los diversos géneros que ha cultivado. De ahí que no titubeemos en tributarle un aplauso, con mayor motivo cuando el lienzo á que nos referimos, aparte de estar, según hemos dicho, muy bien observado, recomiéndase como nota obligada, no exenta de dificultades de ejecución.

Una paella en la huerta, cuadro de Luis Beut.—Aventajado discípulo de Agrassot, ha logrado Luis Beut, como su maestro, singularizarse en el difícil género de interpretar escenas y cuadros de costumbres de la región valenciana, ofreciendo al arte y al país que le vio nacer las mejores galas de su ingenio y el resultado de su habilidad. Gracias á su laboriosidad y aptitudes, ha logrado dar cuerpo y forma á esos cuadros de costumbres valencianas, á esos tipos tan dignos de estudio y á ese conjunto admirable que con derroches de luz y de color caracteriza una de las regiones más bellas de la península, en donde todo brilla y sonríe, cual si la naturaleza se manifestara engalanada con sus más preciados encantos. El cuadro que reproducimos, inspirado en un cuadro de costumbres de la huerta, revela las estimables cualidades del joven artista, su espíritu observador y sus condiciones de colorista.

D. Victor Abargues de Sostén.—El Sr. Abargues de Sostén, autor del interesante trabajo que en el presente número publicamos, es hijo de Valencia y sumamente conocido en el mundo científico como sabio orientalista y distinguido explorador del Africa Central. En la *Geografía Universal* de Reclus se cita muchas veces su nombre, considerándole como verdadera autoridad en la ciencia geográfica. Fué jefe de la expedición de exploraciones á Abisinia, país de los Somalís, y Africa Oriental, enviada en 1879 por la «Asociación Española para la exploración del Africa» bajo el patronato de D. Alfonso XII, y al regresar en 1883 dió en la Sociedad Geográfica de Madrid interesantísimas conferencias que se publicaron costeadas por aquel malogrado monarca. Ha emprendido en diferentes épocas atre-

vidísimos viajes á los oasis situados al Oeste de Egipto, en los límites del gran desierto africano, habiendo descubierto en 1893 uno absolutamente desconocido de los geógrafos, al que en honor del actual jefe de Egipto dió el nombre de oasis Abbas, con el cual figura en los mapas de aquel país. Es individuo de las Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando y está en posesión de las cruces de Carlos III y de Isabel la Católica y de muchas condecoraciones extranjeras. Entre los muchos merecimientos del Sr. Abargues sobresale su acendrado patriotismo, que se ha traducido siempre en grandes beneficios para nuestra industria y comercio que siempre ha procurado extender y fomentar en todos los países por donde ha viajado.

Sabido es que el Sr. Abargues estuvo el año pasado en España con objeto de ponerse en relaciones con industriales y comerciantes españoles para abrir nuevos mercados á nuestros productos en los territorios de Oriente, habiéndose visto apoyado en su grandiosa cuanto noble empresa por S. M. la Reina Regente, por el gobierno, las Cámaras de Comercio y por todos los que se interesan por el porvenir de nuestra patria. Después de improbos trabajos y de no pocas luchas ha conseguido el fin que desde hace tantos años perseguía, creando factorías en Africa y en Oriente para la exportación é importación directas entre España y aquellos países, adonde hasta ahora llegaban los productos españoles con marca extranjera, con lo cual se privaba á nuestro comercio de cuantiosos beneficios. En el Cairo ha organizado una Factoría general española con catorce subagencias en Alejandría, Jartum, Costas del mar Rojo, Siria, Palestina, Túnez, etc.: la inauguración de aquella, verificada el día 2 de enero de este año, constituyó una verdadera solemnidad, á la que concurrieron numerosas personalidades distinguidas de todos los países, que se quedaron admiradas viendo la exposición de productos españoles instalada en un local ad hoc de la citada factoría.

Los resultados hasta ahora obtenidos en aquella factoría justifican las palabras pronunciadas por el Sr. Abargues en el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona en la conferencia que allí dió en 3 de junio de 1899, cuando dijo que estaba seguro del buen éxito de su empresa y que sólo faltaba el apoyo y la buena voluntad de los industriales y comerciantes españoles para tener mercados ricos y de gran porvenir.

Al publicar en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el retrato del Sr. Abargues de Sostén, enviamos al explorador ilustre y patriota entusiasta nuestros más sinceros plácemes por la obra meritoria á cuya realización ha consagrado tantos afanes, y deseamos que el triunfo definitivo corone una empresa digna de los mayores elogios, que ha de contribuir poderosamente á la prosperidad de las fuentes de producción españolas.

La diosa de la selva, estudio de fotografía de E. Day é hijos.—Esta fotografía es una demostración más de lo que tantas veces hemos dicho respecto del llamado arte de Daguerre. La evolución por éste realizada es patente, y no sólo en cuanto se refiere á los procedimientos técnicos que, gracias á los modernos descubrimientos de la física y de la química, nos permiten en la actualidad obtener verdaderas maravillas en la cámara obscura, sino además en lo que respecta al elemento artístico, hoy atendido con especial cuidado por cuantos á la fotografía se dedican. Bajo este último concepto sobre todo, bien puede presentarse como modelo la obra que reproducimos y que forma parte de una preciosa colección publicada en Londres por E. Day é hijos.

La viuda, cuadro de Schryver.—Las muchas bellezas técnicas que atesora este cuadro casi desaparecen ante el sentimiento que en todo él domina; tan admirablemente ha sabido interpretar el pintor la situación de aquella infeliz mujer que perdió para siempre al esposo amado. El artista, para lograr el hermoso resultado que ha conseguido, no ha necesitado apelar á recursos efectistas; le ha bastado para ello trasladar al lienzo uno de esos episodios de la vida en que el dolor no se exterioriza en arrebatos de desesperación, sino que se manifiesta mudo, tranquilo, por decirlo así, pero grande, hondo, aplastante. La figura de esa mujer, caída más que sentada en el rústico banco, en actitud de lánguido abandono, en cuyos ojos no se ve una lágrima, pero se adivinan las huellas de los raudales de llanto que por ellos han pasado; y la de esa niña que amorosamente mira á su madre sin tratar de distraer su tristeza comprendiendo toda la intensidad de la misma, forman un grupo interesantísimo, lleno de poética melancolía y avalorado por el paisaje que le sirve de fondo. Este hermoso cuadro ha llamado muy justamente la atención de cuantos visitan la sección de Bellas Artes de la actual Exposición de París.

Cabeza de estudio, obra de Juan Engel.—Modelo de expresión es esta pintura del celebrado artista alemán Juan Engel: en esos negros y rasgados ojos brilla la mirada; en esa boca de sensuales labios siéntese el aliento; adivinanse al través de la piel las oleadas de una sangre potente y vigorosa, y en todo ese busto de hermosa forma se ve palpar una vida exuberante. Quien de tal modo ha sabido animar ese trozo de lienzo es un maestro en toda la extensión de la palabra; tanto más cuanto que la factura, por la valentía y la seguridad de los trazos y por el color de las tonalidades, armoniza de una manera admirable con el elemento psíquico del cuadro y coadyuva poderosamente á producir en el ánimo del que lo contempla una impresión profunda.

El conde Murawieff.—Tan inesperadamente como su antecesor, el príncipe Lobanoff Rostowskij, falleció en San Petersburgo el día 21 de junio último el conde Murawieff, ministro de Negocios Extranjeros del Imperio ruso. Era hijo del general Nicolás Murawieff y nieto del conocido gobernador general de Lituania, cuyas notables Memorias han sido publicadas por su nieto. El conde Miguel Murawieff, nacido en 19 de abril de 1845, hizo sus estudios en el Gimnasio de Pultawa y en la Universidad de Heidelberg, entrando en 1864 en la carrera diplomática; en 1880 fué primer secretario de la embajada rusa en París, en 1885 consejero de la de Berlín y en 1893 ministro plenipotenciario en Copenhague, puesto que ocupaba cuando en 13 de enero de 1897 fué nombrado ministro de Negocios Extranjeros. Continuando la política de su predecesor, é investido de la confianza absoluta del tsar, trabajó incesantemente para mantener y consolidar la alianza franco-rusa. Los amigos de la paz no podrán olvidar nunca que él fué quien, secundando las generosas iniciativas de su soberano, firmó en 24 de agosto de 1898 la circular dirigida á todos los representantes de las potencias extranjeras acreditadas en San Petersburgo, que preparó la conferencia de La Haya, y quien con su hábil diplomacia se esforzó en obtener de ésta los mejores resultados posibles.

Momento difícil, cuadro de José Cusachs.—Una nueva producción del distinguido pintor militar José Cusachs nos cabe hoy dar á conocer á nuestros lectores, quienes podrán con nosotros apreciar una vez más las cualidades que posee este artista para el cultivo de un género harto difícil, para el que son precisos conocimientos especialísimos y en el que tanto ha logrado distinguirse, de tal suerte que goza de justa y merecida reputación. La circunstancia de haber consignado repetidas veces el juicio que nos merece este distinguido pintor nos priva hoy de emitir otras consideraciones, ya que al fin serían repetición de lo ya expuesto por igual motivo en números anteriores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito en el teatro Antoine: *Ceux qu'on trompe*, comedia en un acto de Grenet-Dancourt; *Grasse Matinée*, comedia en un acto de Alfredo Athys; y *Le Marché*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein. En el teatro del Ateneo ha dado una serie de representaciones con grandísimo éxito la compañía de la Sra. Guerrero, habiendo obtenido ésta y el Sr. Díaz de Mendoza sendos triunfos en cuantas obras han puesto en escena: *El loco dios* y *La hija del mar*, dramas de Echegaray y de Guimerá respectivamente, han sido muy elogiados por los primeros críticos parisienses.

Barcelona.—Ha terminado sus tareas en el teatro de Eldorado la compañía dirigida por D.^a María Alvarez Tubau, habiendo estrenado últimamente con buen éxito: *Celosa*, comedia en tres actos de Brisson, arreglada por D. Juan P. Lessane; *Hotel Severine*, comedia en tres actos de Feydeau, arreglada por don



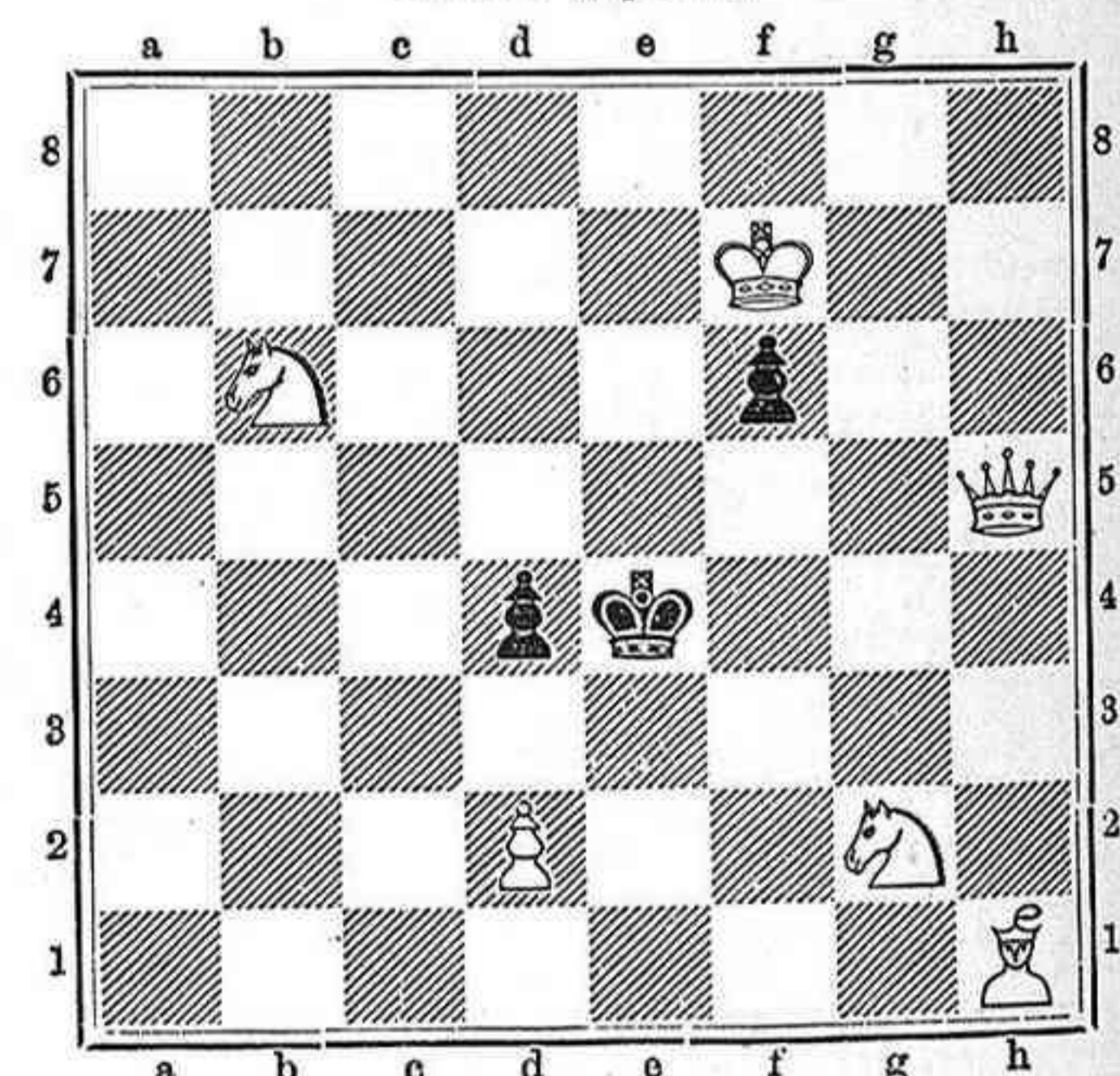
EL CONDE MURAWIEFF, ministro de Negocios Extranjeros del imperio ruso, fallecido en 21 de junio último

Pedro Gil y D. Javier Santero, y *Enamorada*, comedia en tres actos de Marco Praga, arreglada por D. J. Bueno. En Novedades se ha estrenado con aplauso: *La gata de Angora*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, y *La prima de Pipérin*, graciosa comedia en tres actos, arreglada del francés por don Calixto Navarro. En el Eldorado ha inaugurado con gran éxito una serie de funciones la compañía que dirigen los eminentes actores D. Fernando Díaz de Mendoza y doña María Guerrero.

Substitúyense unas imitaciones á la verdadera CREMA SIMÓN; prevenimos de ello á nuestros lectores.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 200, POR W. A. SHINKMAN
NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 199, POR «BULL DOZERS.»

- | | |
|-------------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R c2 - d1 | 1. P toma P |
| 2. A c4 - f1 | 2. c3 - e2 jaque |
| 3. T toma Pe2 | 3. R toma P |
| 4. Te2 - a2 mate. | |

VARIANTE

1..... d4 - d3; 2. Ta2 - a1, d3 - d2; 3. Ac4 - a2, etc.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Con el producto de aquella venta compró un gran coche, especie de casa ambulante, un caballo y un perro, y fué á ofrecer sus conocimientos á las poblaciones suburbanas.

— ¡Si viera usted qué gracioso es mi Claudinet! Ya he dicho que su nombre es Claudio; mas es tan mono y delicado, que le llamo siempre Claudinet. Pero me tiene muy preocupada.

que yo le viniese á faltar. Pues bien: yo he pensado que Ceferina, que tiene buen fondo, podría reemplazarme al lado de mi hijo. Después de todo es su tía, su única parienta. Quiero que le conozca y que em-



Hay que cuidar de ese niño, mujer. De él depende nuestra fortuna

Se la vió en las ferias de Neuilly y de Saint-Cloud. Llevaba cadena y reloj de oro, sortijas y pendientes.

Sin embargo, sus antiguas parroquianas de la Glaciere, al verla cada vez más flaca, decían entre sí:

— La sonámbula va camino del cementerio. Las cartas le habrán vaticinado una muerte próxima.

En efecto, la mujer se sentía enferma.

Fué á las clínicas de la Pitié, de la Charité y de San Luis.

En todas partes le dijeron que no podían admitirla, porque estaba atacada de un mal incurable.

Hasta dejaron escapar la palabra tisis.

Estaba desahuciada.

Entonces se sublevó.

¡Morir!

¡Aún no había conseguido su objeto! El niño seguía en el asilo y era preciso sacarlo.

¡Enferma! ¿Es que si tengo algo, no me curará la presencia de mi hijo?

Se dió prisa en hacer las diligencias necesarias para obtener la entrega del niño abandonado.

Tenía sus ahorros, unos doce mil francos en buenos valores, colocados en casa de un notario. Pagaba patente; su coche, estimado en tres mil francos, era en suma una casa de comercio. Su conducta no era inmoral. Obtuvo fácilmente los certificados necesarios.

Además, ¿quién no es indulgente con una madre que reclama á su hijo?

Por fin se lo devolvieron.

— De modo que ahora soy feliz, decía á Caracol, que la escuchaba muy atento, preguntándose si no podía añadirse á la historia de la sonámbula una conclusión en que él tuviese algo que ganar.

— Comprendo la dicha que ha debido causarle el recobrar á su hijo, dijo el hombre llenando las dos copas de coñac. Para mí, nada es comparable á los goces del hogar. Yo nací para padre de familia. Desgraciadamente, las circunstancias se han opuesto siempre á ello. ¡Ah!, si yo hubiese encontrado una mujer..., lo que se llama una verdadera mujer, hacendosa, económica, sobria, con seguridad hubiese tenido hijos.

— ¿Preocupada?

— ¡Naturalmente! Tengo que pensar en su porvenir. No tiene á nadie más que á mí en el mundo, y si por desgracia yo llegase á faltarle...

— La verdad es que estás con un pie en la fosa, pensaba Caracol.

Y añadió en voz alta:

— Pero está usted bien de salud.

— Muy bien, contestó ella en seguida, con la seguridad propia de los tísicos, que nunca sospechan la gravedad de su estado; aunque toso un poco... Un constipado de que no puedo desprenderme.

— ¡Oh!, es usted de buena madera. A primera vista se nota.

— Pero lo mismo se mueren los robustos que los delicados, y yo quiero asegurar el porvenir de mi hijo.

Y añadió después de un momento de vacilación:

— Por esto me encuentro aquí hoy.

— ¡Ah!, exclamó Caracol con vivas muestras de curiosidad.

— Tengo una hermana. Hacía muchos años que no nos veíamos, cuando la encontré en una fiesta de Palaiseau en compañía de unos atletas. Se llama Ceferina y estaba haciendo entonces de mujer-cañón.

— ¿Ceferina? ¡Pero si la conozco!, interrumpió Caracol. Una moza bien plantada, alta, morena, con unos ojos así de grandes y un poquitillo bigotuda... La bella Ceferina, como la llaman.

— ¡De modo que usted la conoce!

— No tuve nunca el honor de hablar con ella, pero la he visto muchas veces.

Caracol habló de Ceferina con entusiasmo, ponderando sobre todo sus fuerzas hercúleas y sus bellas formas.

La pobre tísica le miró en silencio, como si con tal motivo se le hubiese ocurrido de pronto una idea. Y presentando otra vez su copa:

— Bebamos otro trago, dijo.

Y añadió, después de beber:

— ¿De modo que á usted le gusta mucho Ceferina?

— Es una real moza.

— Ya he dicho antes que si estoy aquí, es porque me ocupo del porvenir de Claudinet, para el caso en

piecen á quererse. Y como á la pobre Ceferina me la cogieron los agentes de policía y la metieron en San Lázaro...

— ¡No he visto canalla como esos agentes!., exclamó Caracol.

— Vengo á verla las veces que puedo y le traigo algunas golosinas. Cuando salga de la cárcel, voy á ver si le encuentro trabajo no muy lejos de mí. Es una buena muchacha, pero débil; se deja engatusar por cualquiera ¡y hace cada tontería!.. Yo quisiera casarla con un hombre de bien. De esta manera, si Claudinet se quedase huérfano, tendría al menos un hogar y una familia en que educarse, y yo moriría más tranquila.

Escuchándola, Caracol reflexionaba.

«¡Unos doce mil francos bien colocados, una casa ambulante, una profesión fácil... y una hermosa mujer!»

Miró á la vieja con más atención y le pareció que le quedaban pocos días de vida.

En vista de todo lo cual tomó una súbita resolución.

— ¡Ah, dichoso el hombre que tenga la honra de emparentar con usted y ser el esposo de Ceferina!

Caracol era un tuno redomado.

Era malvado por temperamento, por naturaleza.

Hacía el mal por el mal; robaba por la satisfacción de robar.

Y hubiera seguido robando, aunque le hubiesen ofrecido rentas suficientes para vivir con desahogo.

Lo que le repugnaba era el asesinato. Tenía un invencible horror al cadalso.

A lo sumo hubiera desnucado de un palo á cualquier transeunte en un callejón desierto, pero nunca con una navaja comprometedora, á fin de poder robar, en caso de ser detenido, que la víctima había provocado una riña lamentable.

Y no se lanzaba á esas aventuras, sino en caso de suma miseria.

La cárcel, como simple reclusión de un par de años, le asustaba menos que el presidio y la guillotina.

En cuanto á la prisión correccional por hurtos y raterías, era para él un pasatiempo casi agradable, cuando escaseaba el trabajo.



En el fondo de todo recuerdo hallaba una cárcel. Había hecho «sus primeros estudios» en la pequeña Roqueta, y completado su educación en las demás casas de corrección ó prisiones de París.

Más tarde estuvo en las cárceles centrales de Beau-lieu, Nimes y Clairvaux. Ninguna de las tres le gustaba: la primera, á causa de la humedad del clima; la segunda, á causa del calor, y la tercera porque entre los presos los había que se daban mucho tono.

Estas excursiones á través de las cárceles nacionales habían sido interrumpidas por horas de libertad, durante las cuales había sido sucesivamente mozo de café, sillero remendón, ropavejero, barbero, payaso, tocador de organillo, etc., etc., pero ante todo y sobre todo ladrón.

No se le podía negar inteligencia, circunspección ni astucia. Oía el peligro como huele el perro la caza y despistaba á los agentes de la seguridad con una maestría admirable.

Todos los del *oficio* le conocían perfectamente. Casi todos le debían al menos buenos consejos.

Los años se le echaban encima. Iba á cumplir cuarenta.

Experimentaba la necesidad de prepararse una vez tranquila, con alguna renta segura, aunque no fuese más que vitalicia, y un hogar.

Emparentar con la familia Fillón, casarse con Ceferina, ¿qué más podía ambicionar?

— Pues sí, señora, continuó diciendo en vista de que la sonámbula, acometida de un acceso de tos, no contestaba á su insinuación; yo nací para la vida de familia, rodeado de la mujer y de los hijos. Partir por la mañana al trabajo, cualquiera que sea, porque yo no soy perezoso, y traer el dinero á la mujercita. Ocuparse de la educación del chiquillo. ¿Hay nada tan mono como un niño?

Caracol volvió á guardar silencio, porque le pareció que su descripción de la felicidad doméstica no era de lo más elocuente.

Pensó que un poco de emoción le sacaría del apuro, é hizo un horrible gesto llorón, aunque la lagrimita que él provocaba no quiso asomarse á sus ojos legañosos.

— ¡Oh, sí!, dijo con voz gangosa; ¡yo me pirro por los chiquitines!

«¿Me habrá servido la casualidad?, pensaba la vieja. Es feo, pero parece buen sujeto. Ceferina quizá sería muy feliz con él. Claudinet tendría un tío y una tía, casados de verdad, una verdadera familia.»

Las reflexiones de ambos dieron por resultado el consumo de otra botella de vino, que apuraron prolongando la conversación.

Desde aquel día Ceferina, encerrada aún por algún tiempo en San Lázaro, tuvo dos ardientes protectores.

Su hermana y *Caracol* no dejaron pasar ninguno de los días en que se permite ver á las presas sin llevarle, á través de las rejas del locutorio, algunas palabras de ánimo y esperanza, y sin dejar en la oficina la cantidad reglamentaria que le hacía falta para sus pequeños gastos.

Ambos la mimaban.

Ceferina Fillón, por más que nos cueste confesarlo, era una bestia, una bestia colosal, de la talla y ademanes de un coracero, pero muy bien proporcionada de formas.

Había nacido, como su hermana, en una cuadra de la Beauce.

La historia de su vida era una segunda edición, corregida y aumentada, de la de Prudencia.

Pero lo que ésta había tenido de inteligente y hábil, Ceferina lo tuvo de robusta, fuerte y resignada.

Tenía la resignación del embrutecimiento, gracias á la cual lo había soportado siempre todo sin rebeldía.

De su infancia y de su juventud no conservaba más que un vago recuerdo de un convento de arrependidas, donde estuvo encerrada durante algunos años. Como recuerdos más recientes, tenía los de sus frecuentes reclusiones en San Lázaro por disposición administrativa.

Y decimos por disposición administrativa, porque Ceferina Fillón no había sufrido jamás condena alguna.

A lo sumo, se había atrevido á quitarle el reloj ó el portamonedas á algún noctámbulo borracho, atraído por ella á algún tugurio, donde no se había mostrado bastante generoso.

Entraba casi periódicamente en San Lázaro por infracciones á los reglamentos de higiene relativos á las mujeres matriculadas; reglamentos de los que nunca podía retener en la memoria las múltiples prescripciones que la concernían.

En todas partes se distinguía por su obediencia y sumisión. Era incapaz de dar malos consejos á las demás reclusas. Aceptaba cuantas observaciones le

hiciesen y cuantos trabajos le mandasen. Pero nunca se pudo conseguir que aprendiese á coser.

Una aguja en sus dedos enormes se convertía en un instrumento peligroso, y la hermana de la caridad encargada del taller de costura no podía, en conciencia, reñirla ni castigarla.

Al cabo de una hora de coser, con apuros y sudores, conseguía dar diez puntos, que había que deshacer, después de haber roto tres agujas y enredado el hilo.

Entonces le mandaban fregar los suelos, barrer los patios, limpiar los pucheros y otras faenas propias de hombres.

Como todas las inconscientes, poseía un fondo de insensibilidad para toda clase de dolor, que no dejaba de utilizarse en aquel espantoso refugio del vicio.

Para poner, por ejemplo, la camisa de fuerza á una reclusa, acudían á ella.

Y experimentaba un placer instintivo en ver sufrir á la que subyugaba con su fuerza hercúlea.

La primera vez que vió á *Caracol* á través de la reja del locutorio, en compañía de su hermana, le inspiró, á pesar de su basta naturaleza, una profunda repulsión.

Pero se mostró con ella tan amable, supo ganarse de tal modo la voluntad de la hermana mayor, que al salir de San Lázaro, Ceferina le miraba hasta con cierta simpatía.

Sin que todavía le amase, empezaba á pensar que una mujer no sería quizá desgraciada con él.

También había sabido él captarse las simpatías de Claudinet.

Así es que Ceferina no hizo grandes objeciones cuando Prudencia le habló del proyecto que había concebido.

Caracol, por su parte, le hizo entrever hábilmente un risueño porvenir.

En presencia de todo lo cual, la moza aceptó el partido.

Verificóse el matrimonio en debida forma.

Prudencia lloró de emoción al verlos unir por el alcalde de Boulogne-sur-Seine.

Tres meses después, la pobre tísica había muerto, con la tranquilidad de dejar á su hijo una familia.

Las parroquianas que fueron á empujar la puerta entornada del carricoche para consultar á la sonámbula, se encontraron con *Caracol* y Ceferina, compungidos y sentados junto al cadáver de Prudencia.

Encima de la mesita de noche, á la cabecera de la cama, se veía un ramo de boj bendito, puesto en una ensaladera.

De rodillas en el suelo y apoyado contra la cama lloraba un niño.

La clientela se retiraba en silencio, á medida que se enteraba de la defunción.

Practicadas las formalidades legales, el niño fué declarado heredero natural de su madre, que no había otorgado testamento, y se le dió por tutor legal á su tío *Caracol*, y por tutor subrogado al pasante del notario en cuyo poder estaban los fondos de Prudencia Fillón.

Transcurrieron cuatro ó cinco años.

Caracol se había engañado al pensar que encontraría en su matrimonio una vida tranquila y exenta de necesidades.

Es verdad que Ceferina le adoraba.

Había una increíble compatibilidad de humor entre ambos esposos.

Su vida común, su amor, habían igualado en cierto modo sus vicios, dando al uno lo que le faltaba á la otra, rebajando á éste hasta el nivel intelectual de aquélla.

En contacto con *Caracol*, Ceferina se volvió sumamente perezosa.

Al mismo tiempo, su afición á la bebida se declaró irresistible.

Por su parte, *Caracol* había perdido algo del desprecio en que tuvo á la violencia.

No tenía ya aquel saludable horror á la efusión de sangre.

Ella había aprendido algo de la picardía y crueldad de su esposo, de sus cóleras salvajes y de sus apetitos desordenados.

Habían terminado, en fin, por hacer una bonita pareja.

Pero entonces los gastos del matrimonio habían aumentado considerablemente.

El notario se había negado á entregar la herencia, colocada á nombre del muchacho, mientras éste fuera menor de edad.

La pareja no cobraba más que los réditos.

Hubo necesidad de espabilarse.

Desde luego acordaron que Ceferina continuara la profesión de su hermana.

Gracias á las lecciones de *Caracol*, que hacía el

papel de magnetizador, la nueva sonámbula, enseñada por Prudencia, revelaba el pasado, el presente y el porvenir tan bien como sus competidoras más afeadas.

Después de operar por algún tiempo por provincias, se sintió con ánimos de explotar París y sus contornos.

Pero el oficio no daba para los crecidos gastos del matrimonio.

Así es que la pareja no tardó en añadir á su primera profesión una industria más difícil de precisar.

Malas lenguas decían que se dedicaban con mucho secreto á hacer desaparecer las vivas pruebas de faltas cometidas por casadas y doncellas.

El comisario de policía y los gendarmes habían practicado más de un reconocimiento en la casa-coche, pero *Caracol* y Ceferina salieron siempre bien librados de aquellas diligencias sospechosas.

Alguna que otra vez habían recibido la orden terminante de irse con su armatoste y sus ciencias ocultas á otra parte.

Este nuevo recurso era, pues, muy eventual.

Preciso fué que el mismo *Caracol* en persona se pusiese á trabajar.

Se hizo amolador, y en tanto que Ceferina decía la buena ó mala ventura á sus clientes, él recorría las inmediaciones con la muela á cuestras y afilaba cuchillos, tijeras y cuantas armas y utensilios eran confiados á su indiscutible habilidad profesional.

Sin embargo, con lo que menos contaba era con el beneficio directo de este trabajo.

Su profesión real era la de *indicador de golpes*. Es decir, que indicaba á los ladrones con quienes estaba en connivencia los *golpes* que se podían dar en tal ó cual casa con probabilidades de éxito.

Penetraba en los patios de vecindad y en las casas de campo, espía las entradas y salidas, inquiría cuantos informes convenía saber para sus ulteriores fines.

De modo que estaba enterado de si había perros peligrosos, de los días en que los campesinos iban á los mercados á vender los productos de sus tierras, del sitio en que dormían amos y criados y hasta de si en tal ó cual casa existían armas con que poder defenderse.

Cuando se le presentaba un *negocio* fácil y exento de peligro, operaba por su cuenta.

Siempre que había que correr algún riesgo, combinaba el plan con sus *amigos* y cobraba el tanto por ciento del botín.

Algunos días después de haberse marchado de su punto el coche-casa con la sonámbula y el alfilerador, cuando ya no se acordaba nadie de ellos, se sabía de pronto que en tal ó cual casa de la comarca se había cometido un robo... y á veces un asesinato.

La justicia no daba nunca con los culpables.

Sin embargo, á pocas leguas del teatro del crimen, en los confines de la provincia, el que hubiese penetrado en el coche de Ceferina la sonámbula hubiera visto á *Caracol* y su compañera nadando en la abundancia, hartos de vituallas, ebrios de vino y aguardiente, embrutecidos, apoyados de codos en su mesita, con el rostro crispado de terror, y murmurando entre dos eructos:

— ¡No hay peligro!

— ¡Nada hay que temer!

Mientras tanto, el enorme coche traqueaba, lentamente arrastrado á lo largo de la polvorosa carretera por un corpulento caballo asmático.

II

UN SOBRINO RICO

— ¡Hola! ¿De dónde vienes á estas horas?., preguntó Ceferina entreabriendo la puerta de su casa ambulante.

— ¡Chitón!

Se subía al coche por una escalerilla móvil de cinco peldaños.

Caracol los subió rápidamente, empujó á su mujer hacia adentro y cerró la puerta.

— ¿Qué ocurre?, volvió á preguntar la sonámbula bajando la voz.

Su marido, que había llegado sin resuello, recobraba aliento.

— Espera, voy á encender la luz.

— ¿Están cerrados los ventanillos?

— Sí. No se verá claridad desde fuera.

— Date prisa, que estoy muriéndome de sed.

— No queda más que una botella de vino.

Se oyó el frotar de un fósforo, en tanto que la mujer preguntaba en voz baja:

— ¿Algún golpe bueno?

— Sí.

— ¿Muy bueno?

- De primera.
- ¿Por qué no me avisaste?
- No sabía nada esta mañana... Ha sido una casualidad.

Ceferina había encendido un pequeño quinqué de petróleo, que humeaba apestando la atmósfera del coche.

- ¡Calla! ¿Qué traes? ¿Qué bulto es ese?
- Un niño.
- ¡Un niño! ¿Qué quieres tú que hagamos de él?

- Un pobrecito huérfano, sin padre ni madre ni perrito que le ladre, que he recogido y que adoptamos.

- ¿Estás loco?
- Calla, mujer. Voy a contarte lo ocurrido.

Una tos violenta estalló entonces, procedente de un departamento aislado del coche.

- ¡Anda, echa por la boca esos pulmones, mala pécora!, refunfuñó la mujer. ¡Hase visto niño más cargante con su tos sempiterna! Va a despertar al tuyo... ¡Qué carita tan mona tiene! ¿No lo dije? Ya está despierto... y el otro que sigue con su música.

Caracol había colocado el niño en un viejo diván, sobre trapos y hierbas secas.

La pobre criatura abrió los ojos y exclamó:
- ¡Mamá!.. ¡Abuelita!..

Dió una mirada en torno suyo y se asustó de verse en aquel chiribitil infecto, en presencia de la horrible pareja que se esforzaba en sonreírle.

Sobrecogido de espanto, empezó a dar gritos desgarradores.

- Va a alborotar a todo el barrio, dijo Caracol. Procura calmarlo, tú que eres mujer.

Ceferina acercó al niño su cabezota bestial. El angelito, aterrorizado, gritó aún más, tratando de levantarse y de huir.

- ¡Con tal de que no tenga convulsiones!
- ¿Tienes a mano agua de azahar?

- No. Voy a pegarle una zurra, dijo Ceferina. Seguramente será el mejor modo de hacerle callar.

- Espera... Yo tengo algo mejor. Esto diciendo, Caracol sacó de un baúl un vaso y una botella.

- No sabes tratar a los niños, Ceferina, y mucho menos a los hijos de príncipes como éste.

- ¿Vas a hacerle beber?
- Un simple rosoli, una ingeniosa mezcla de dulce y fuerte. Toma, pichoncito mío, toma un traguito de esto, que es cosa buena.

Acordándose, como en ensueños, del médico de grave aspecto que en Penhoet le hacía beber medicinas para ponerse bueno cuando alguna enfermedad le tenía postrado, cogió el vaso y bebió un sorbo; pero en seguida lo rechazó con asco.

- Bebe, angelito, que esto te sentará bien, repetía Caracol perdiendo ya la paciencia, en tanto que Ceferina alargaba su manaza para pegar al niño.

Este hizo un esfuerzo y se tragó la bebida. Momentos después cayó como plomo en el diván.

- ¡Vaya una curda!, exclamó Ceferina.
- ¡Ahora a vestirlo! ¡Pronto!

En un santiamén le pusieron un traje remendado de Claudinet.

Después de la metamorfosis, Caracol le metió un saco de ropa debajo de la cabeza, a guisa de almohada, y le echó encima la manta en que lo había traído envuelto.

- Hay que cuidar de ese niño, mujer. De él depende nuestra fortuna.

- ¿Cómo se entiende?
- Te contaré la historia por el camino.

- ¿Por el camino?
- Sí, levantamos el sitio.

- ¿Es malsano?
- Por el momento, no; pero más tarde podría sernos fatal. Lo más prudente es largarnos en cuanto amanezca.

- Pues di ahora mismo, porque ya es de día.

Ceferina abrió una de las ventanas y entraron en el coche los primeros albores de la mañana.

- ¡Pues a enganchar y a partir! ¡Claudinet..., arriba! Dale el pienso a Troppmann y engánchalo luego.

- ¿Engancharlo?.. ¿Para qué?.. ¿Nos vamos a marchar ya?, dijo el niño.

- Si te lo preguntan, contestarás que no lo sabes.

Un nuevo acceso de tos respondió a esta observación.

- Mientras tanto, ¿vamos nosotros a echar un trago?.., propuso Ceferina.

- No vendrá mal después de haber pasado la noche en blanco.

Apareció Claudinet tosiendo.

- Si no quieres que te caliente las costillas, le dijo Caracol, anda ligero, no hables con nadie, y sobre todo procura no despertar al niño que hay ahí.

Ceferina acentuó la recomendación amenazando al sobrinito con su gigantesca mano.

El pobre muchacho obedeció con la humildad y timidez del que está acostumbrado a que le peguen.



...afilaba cuchillos, tijeras y cuantas armas y utensilios eran confiados a su indiscutible habilidad profesional

La pareja se metió en una taberna de las cercanías.

Una hora después, el coche-casa partió de Point-du-Jour, donde había permanecido una temporada, y echó a andar camino de Versalles.

Claudinet, tosiendo a menudo, guiaba a Troppmann.

Caracol, inquieto, sin saber hasta qué punto le convenía llegar en sus revelaciones a su mujer, preguntándose si no era una imprudencia confesarle el dinero recibido al hacerse cargo de aquel niño, se paseaba por la plataforma del vehículo ó bajaba a empujarlo en las cuevas, fumando en su pipa ó jugando con su perro, un enorme buldoc que tenía que atar al coche cada vez que atravesaban una población, ó que llamar a su lado en cuanto se encontraban con algún transeunte, pues el animal era una fiera.

El hombre no quiso que su armatoste entrase en Versalles.

Dieron la vuelta a la ciudad para volver a parar a la carretera principal.

Hicieron alto para que el caballo descansase y para almorzar con las provisiones que Ceferina había ido a comprar en Versalles.

Serían las once de la mañana. Acamparon al lado mismo de la carretera y a la sombra de un bosquecillo.

Tendidos en la hierba, marido y mujer atacaron el almuerzo, empezando por hacer sed con arenques y jamón y atracándose luego de ternera fiambre y queso de Brie. Al mismo tiempo se echaron al coleto una botella de vino blanco, dos ó tres del tinto y una de Burdeos para los postres.

Claudinet almorzó en el coche, en tanto que hacía el café. Severas lecciones le habían enseñado a confeccionarlo para sus tíos.

Estos le adicionaron un buen vaso de coñac.

El perrazo vigilaba para que nadie viniese a interrumpir aquel idilio.

El almuerzo duró mucho tiempo. En él no se habló de política, ni de literatura, ni de arte.

Tampoco se aludió a los negocios.

- Después vendrán las cosas serias, había dicho Caracol.

Y efectivamente, hasta después de tomar el café no empezaron a hablar.

- ¿Adónde vamos?, preguntó Ceferina.
- A Normandía.
- ¿A Normandía? ¿Y por qué?
- Por lo que te voy a decir. Conviene que durante algún tiempo vivamos lejos de París, y hasta conviene que no nos acerquemos a ninguna ciudad ni población grande donde haya gendarmería curiosa y molesta. Es posible que busquen a ese niño, y aunque no puedan dar ningún indicio para echarme el guante, más vale no tentar al diablo y evitar conversaciones con la justicia.

- ¿Qué quieres hacer de ese niño?
- Mujer, nuestro sobrino está cascado y a lo mejor puede faltarnos...

- Cargue Dios con él.
- Nosotros somos sus herederos directos...

- ¡Bien nos hemos ganado lo que deje!
- El coche y esos miles que el canalla del notario no quiere soltar.

- ¿Quién, sino nosotros, sostiene la casa?
- ¿Quién mantiene a Claudinet desde hace seis años?

- ¿Quién ha hecho su educación?
- En cuanto a su educación, no tenemos por qué vanagloriarnos. Si el muchacho viviese, nos honraría poco. No digo que no sea listo. Sabe meterse en cualquier granja a pedir limosna y dar luego exacta cuenta de la disposición de la casa, de puertas y ventanas, del gallinero y la conejera, de la despensa y de la caseta de los perros. Nadie como él para escalar una cerca y retorcer el cuello a dos ó tres gallinas sin espantar a sus compañeras de corral... ¡Pero de ahí no pasa! Al muchacho le falta vocación.

- Es muy cierto.
- Pues el niño que te he traído está destinado a reemplazarlo. Entre los dos le enseñaremos ¡instrucción completa! No hay más que verlo para adivinar que es inteligente. Está flaquito y con una comida moderada no engordará, de modo que podrá pasar por donde nos convenga. Te digo que he encontrado, ó mejor dicho, me han dado un verdadero filón...

- ¿Que te lo han dado?
- Con algunos monises para los gastos de educación.

- ¿Monises?
- ¡Cinco mil francos!

- ¿Cinco mil francos?, repitió Ceferina sin volver de su asombro.

Caracol sacó del bolsillo el fajo de billetes de Banco que le dió Jorge.

La mujer quedó muda de estupor. Al recobrar sus sentidos exclamó:

- ¡Maridito mío! ¡Déjamelos tocar!

Con paternal sonrisa, Caracol presentó los preciosos papeles a su mujer.

Esta los palpó, los contó, volvió a contarlos silenciosamente y dijo luego en un arranque de entusiasmo:

- ¡Ahora sí que podremos apurar botellas!
- Todas las que quepan en nuestros cuerpos.

- Desde hoy, no hago nada.
- ¡Alto allá! Hay que seguir trabajando como hasta ahora. ¡Que nadie vea que cambiamos de vida! Podríamos dar que sospechar a la policía.

- Es verdad; no había caído en la cuenta. Nunca te falta razón. ¡A tu salud!

Caracol brindó con su cara mitad y ambos absorbieron un vaso suplementario de aguardiente.

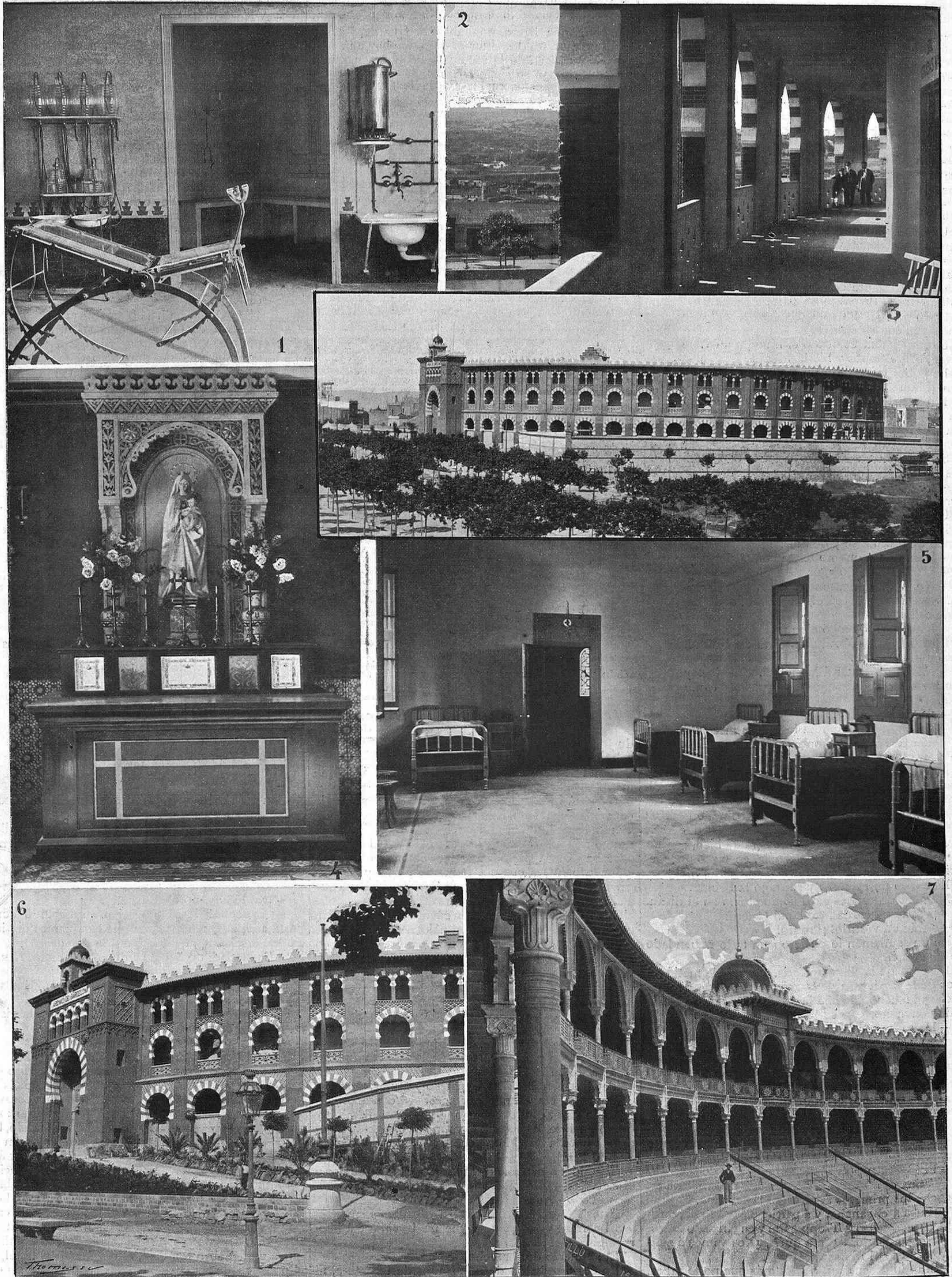
- Cuéntame ahora, en todos sus detalles, la historia del chiquillo y de los billetes de Banco.

- Sabes lo tronados que estábamos después de mi salida del hospital de Tours. Tú, por tu parte, apenas ganabas para los gastos en Bolonia. Era preciso hacerse con recursos. Ayer por la mañana, después de bajar del tren, eché a andar con mi muela a cuevas.

En la plaza, el dueño de un pequeño restaurant me confía sus cuchillos. Mientras los estaba afilando, llegaron dos hombres y dos mujeres que pidieron de almorzar. Desde luego me parecieron pertenecer a la servidumbre de alguna buena casa. Su conversación confirmó mi juicio. Dos de aquellos criados habían sido despedidos por sus amos, que marchaban al extranjero acompañados de los otros dos. En la casa no quedaba más que una señora, cuyo marido estaba ausente. El jardinero y el cochero, únicos hombres que allí quedaban también, vivían fuera del hotel, en el pabellón de las cocheras y las cuadras. La señora no tenía a su servicio más que una doncella que dormía en el segundo piso. Me enteré además de que aquella señora era rica y metía su dinero y sus alhajas en una arca de hierro colocada en un despacho de la planta baja.

(Continuará)





LAS ARENAS DE BARCELONA. - 1. Detalle de la sala de operaciones. - 2. Vista de una galería. - 3. Vista exterior del edificio. - 4. La capilla.
 5. Enfermería. - 6. Entrada principal. - 7. Vista interior de las Arenas (de fotografías de A. Esplugas)

LAS ARENAS DE BARCELONA

Este es el nombre del nuevo circo taurino inaugurado el día 29 de junio último y construido en la Gran Vía, entre esta calle y las de Tarragona, Diputación y Llanza, en menos de ocho meses.

Ocupa el edificio una superficie de más de doce mil metros cuadrados y es capaz para más de quince mil espectadores: los planos han sido proyectados por el arquitecto D. Augusto Font y Carreras, quien ha dirigido asimismo las obras, secundado por el arquitecto Sr. Homs y por el gerente de la empresa constructora, el maestro de obras D. Julio Marial.

La fachada es de estilo árabe con varios órdenes de arcadas, pintadas de blanco y rojo, y en la parte que da á la Gran Vía ábrense la puerta principal, que ostenta como remate el escudo de Barcelona.

Consta el circo de planta baja y dos pisos: en la primera y en la parte de la calle de Tarragona, están la administración, el patio de prueba de caballos, el almacén para el servicio de la empresa, el café, el restaurant, el guarnés, y el patio y la enfermería para caballos. En aquel mismo lado se encuentran

la capilla, la enfermería de los toreros, la sala de operaciones y la sección de farmacia. La capilla, puesta bajo la advocación de la Virgen del Carmen, tiene un bonito altar en cuyo fondo hay una imagen tallada por el escultor Sr. Vallmitjana. Junto á ella está la enfermería, con seis camas, y al lado se abre la sala de operaciones, la cual recibe la luz cenital por una gran claraboya. Sus paredes son estucadas y se limpiarán por medio de mangueras de gran potencia. Contiene esta sala una estufa de desinfección, baño general con lluvia, grandes lavabos, aparatos para agua esterilizada, caliente y fría, cuatro depósitos de cristal, irrigadores para desinfección, vitrinas para el instrumental quirúrgico, mesa operatoria de cristal y níquel, mesa con ruedas para trasladar á los operados, y en una palabra, cuanto los modernos adelantos de la cirugía exigen para esta clase de instalaciones. Además tiene un departamento para laboratorio y esterilización de instrumentos, apósitos y vendajes, cajas de metal blanco de varios tamaños para esponjas, compresas-esponjas, algodones, gasas, etc. Antes de entrar en la sala operatoria hay un departamento con lavabo y utensilios para desnudar

á heridos ó lesionados y una pequeña sala para señoras.

En la parte de la calle de la Diputación hay una sala para los toreros, el patio de arrastre y la puerta de los corrales, y en la de la calle de Llanza cinco espaciosos corrales, dos de ellos cubiertos, las habitaciones del mayoral encargado de los toros y la puerta de los toriles.

El interior del circo está dividido en tendidos y éstos á su vez en barreras, tabloncillos, asientos de tendido, gradas cubiertas y palcos, en número de 52. Las arcadas que dan vuelta al interior del circo son de yeso solidificado por un nuevo procedimiento debido al director del laboratorio químico D. José María Sirvent, están pintadas el fondo de azul y los relieves de blanco, exceptuando la que ocupa el palco de la presidencia que es de fondo amarillo con los relieves encarnados.

Como remate del edificio se han construido tres cúpulas, una sobre la puerta principal, otra sobre el palco presidencial y la tercera sobre los toriles, habiéndose colocado en esta última un reloj de grandes dimensiones. - X.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 dispon casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUIZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.



HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

Las Personas que conocen las
PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
 Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Flujos*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
 y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
 EMPLEAR los **SALICILATOS de VIVAS PÉREZ**
 adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
 LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
 CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
 PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
 Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripcion transparente con los nombres del medicamento y del autor.

EL APIOL de los DRES **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**



Momento difícil, cuadro de José Cusachs (Salón Rovira)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
 LRS. DE **APIOL** DE LOS **JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE **JORET Y HOMOLLE** EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PANCREATINA
DEFRESNE
 POLVO PILDORAS
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^a de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I — CARNE - QUINA En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles ó Influenza.
 II — CARNE-QUINA-HIERRO En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmaceuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN